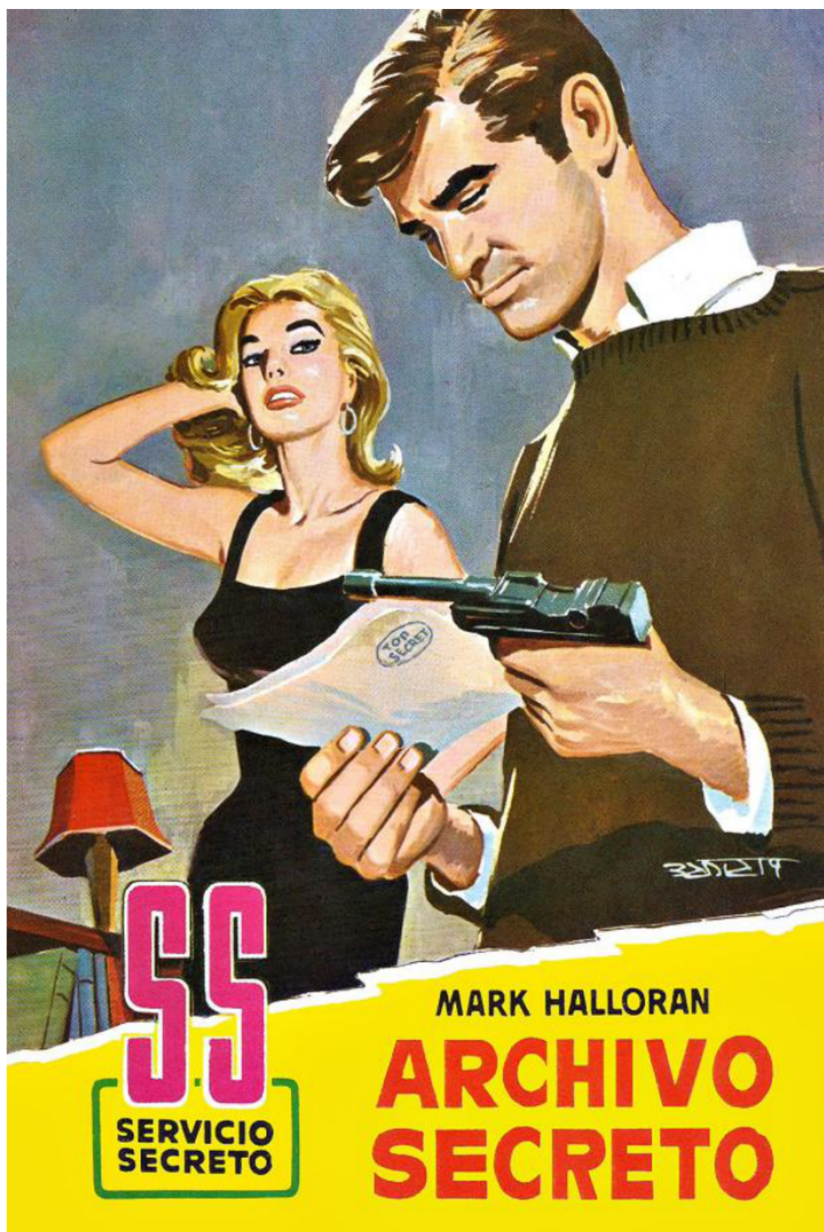

TOP SECRET
S.S
SERVICIO SECRETO
MARK HALLORAN
ARCHIVO SECRETO

# ARCHIVO SECRETO

MARK HALLORAN

# Archivo secreto

1.ª EDICIÓN
ENERO - 1960




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 14980 - 1959

NUMERO DE REGISTRO 4446-59

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA





---

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona - 1960

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia**

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **BISONTE**:
480 — El hombre de Dodge. 603 — Johnny ha vuelto.

En Colección **BUFALO**:
61 — Ha llegado un hombre. 189 — Jinetes en el cielo. 305 — El frío de la tumba.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:
487 — Ataúd en el espacio. 490 — Enfrentado a la muerte. 492 — Pistola de alquiler.

En Colección **CONGO**:
4 — Los diamantes de Kwan.

En Colección **KANSAS**:
69 — Johnny Puma

En Colección **ASES DEL OESTE**:
28 — ¡Volad, insectos de plomo!


ARCHIVO SECRETO
POR
MARK HALLORAN

## CAPÍTULO PRIMERO

Fred detestaba el ajenjo.

—Otro —pidió.

Otro ajenjo.

Detestaba el ajenjo, pero era lo que se creía obligado a beber.

Había notado que el sujeto tocado con boina no le quitaba ojo. Era un sujeto de cara ancha y dura, labios gruesos, con una verruga a un lado de la nariz. Vestía un traje azul de chaqueta cruzada; azul con listas grises. Camisa negra. Corbata amarilla. Y la boina.

No era la primera noche que reparaba en él. Tampoco era la primera noche que el sujeto permanecía en el extremo opuesto del bar, o en una mesa, sin quitarle ojo.

Pero aquella noche, sin saber por qué, hubiera jurado que el hombre de la boina le miraba de modo diferente.

Quizá aquella noche ocurriera algo.

Sería tiempo, ¿no?

Fred echó agua en el ajenjo. El color amarillo de éste se enturbió y trocóse en un repugnante blanco diluido.

Bebió.

—Eh, yanqui —dijo Justine—; eh, yanqui, ¿cómo estás hoy de fondos? ¿Cómo estás, yanqui? ¿Qué tal un trago?

Justine era una rabia macilenta, angulosa, excesivamente maquillada. Excesivamente interesada por el alcohol, además. Fred no la había visto nunca serena a partir de las diez de la noche.

El americano ahogó un bostezo.

—Quita —respondió.

Ella rió, se encogió de hombros y alejóse a lo largo del bar hasta tropezar deliberadamente con un sujeto pequeñito de piel amarilla, facciones orientales y aire de marinero en tierra.

El de la boina no tenía, como tantos allí, aire de marinero en tierra. Fred sabía de qué tenía aire exactamente.

Por ello esperaba que aquella noche o cualquier noche ocurriera algo.

Apuró el vaso de ajenjo. Con el vaso en alto consultó su reloj de pulsera.

Chistó al camarero y pagó, contando cuidadosamente los billetes.

El de la boina también pagaba.

Salló. El de la boina salió detrás de él.

Había un poco de niebla. Las luces de la calle aparecían rodeadas de un ligero halo.

Fred detestaba la niebla.

Sonó al fondo de la calle la sirena de un barquito. A pocos pasos un acordeón interpretaba una java triste: las notas salían por la puerta entreabierta envueltas en el resplandor rojo de las lámparas del local.

—No corra, camarada —dijo el de la boina.

Fred se detuvo y volvióse a medias.

—¿Por qué habría de correr?

En el asiento delantero de un «Peugeot» estacionado al borde de la acera, se veía brillar la brasa de un cigarrillo.

—Digo yo.

La brasa se movió. La portezuela trasera del coche fue abierta desde el interior.

El de la boina señaló con la cabeza.

—Suba ahí.

—No tengo prisa.

—Yo sí la tengo. Suba.

Fred subió. Se acomodó en el asiento, suspirando profundamente.

Al volante se encontraba un hombre joven, de cabeza cuadrada, que necesitaba un corte de pelo. Su melena parecía la de un músico italiano.

El de la boina montó en el vehículo y cerró la portezuela. Puso de improviso sus pesadas manos sobre Fred. Le cacheó. Fred permaneció inmóvil. El hombre soltó un gruñido cuando se hubo percatado de que no llevaba armas.

El coche arrancó.

—La última vez que me llevaron así de paseo —dijo el

americano perezosamente— fue para regalarme diez mil pavos. ¡Qué noche! Joe Harlan, uno que tenía un comercio de instrumentos de música y una hija pelirroja. A la hija le había dado por mí. Harlan creía que con cinco mil pavos me persuadiría de que saliera de su vida y no volviese a entrar; creía que yo no era el hombre que merecía la mocosa. ¡Jesús, lo ciego que puede ser un padre! Lo tomé como un insulto. Yo no me vendo por cinco mil pavos. Pedí diez mil. Me los dio. Lo recuerdo como si fuese ahora…

—¡Cállese, canastos! —exclamó el de la boina—. Me duele la cabeza.

—Falta de ventilación —sugirió Fred.

Pero calló.

El «Peugeot» se detuvo momentos después en el bulevar Aiguillon, ante los escaparates rebosantes de luz de un almacén de ropas confeccionadas.

—Vamos.

El almacén ocupaba la planta baja de un edificio grande y moderno. La puerta estaba entre un escaparate que figuraba la terraza de un bar, donde los maniquíes masculinos fijaban sus ojos de cristal en un maniquí femenino, y otro que figuraba un salón, donde los maniquíes femeninos fijaban sus ojos de cristal en un maniquí masculino.

El hombre de la boina se apeó del coche y abrió aquella puerta. El otro hombre se apeó después que Fred.

La actitud de ambos hubiera podido calificarse de indiferente, pero no lo era. No amenazaban, no hacían absolutamente nada que se saliera de lo regular. Fred, empero, imaginaba sin esfuerzo lo que pasaría si se negaba a acompañarles. Si se ponía chulo. O terco. Si intentaba huir. Podía imaginarlo con todos sus detalles.

Miró al hombre que necesitaba un corte de pelo. Usaba bigote. Tenía la mandíbula azulada por la barba. Hubiera sido un anuncio excelente para cualquier específico contra la calvicie.

Tomaron el ascensor.

La casa era suntuosa. Un edificio comercial destinado a oficinas de lujo; un lugar donde durante el día se manejaban millones.

Ahora, de noche, parecía una tumba.

Cuarto piso.

Un pasillo de pavimento plastificado. Una puerta con el rótulo:

«Agencia Magnus».

El de la boina abrió también aquella puerta, con desenvoltura, como quien evoluciona en terreno propio. Fred le siguió, y el otro detrás.

Un despacho de recepción, vacío. Otra puerta. Una oficina con cuatro escritorios, vacía igualmente. Otra puerta. Fred tuvo tiempo de ver las paredes llenas de carteles multicolores y fotos de mujeres ligeras de ropa antes de que la última puerta se cerrase a su espalda.

El de la boina, entonces, le acometió. De improviso. Su puño derecho salió disparado y golpeó a Fred en el estómago. Fred se dobló hacia adelante. El puño izquierdo del hombre le obligó a enderezarse estrellándose contra su garganta. Intentó retroceder. El de la boina le dio un empellón y le sentó violentamente en una butaca. Luego, sin dejarle ni respirar, precipitóse contra él y descargó con ambas manos una salvaje serie de bofetones. Fred no opuso resistencia. Cuando la serie acabó, estaba despeinado, con la cara roja y un hilo de sangre y baba escurriéndose por su mentón.

—En los libros llaman a esto el prólogo —dijo el hombre entre dientes. Sonrió. Hizo crujir sus nudillos—. Servirá para aclararle a usted las ideas respecto a nuestras intenciones.

Su tono, a pesar de todo, era hasta cierto punto cortés.

Fred le miró calculadoramente.

—¿No se equivoca?

—No.

—¿Está seguro? Los fajos de billetes de mil pavos los dejé al otro lado del charco para no pagar recargo por exceso de equipaje. Con lo que me quiten no les alcanzará ni para un par de copas.

—Si de una cosa siento asco en el mundo —replicó el hombre, aproximándose a la butaca—, es de un yanqui pobre —extendió la mano—. A ver su cartera, turista. Y su pasaporte.

—Le aseguro…

—No busco billetes.

Fred sacó cartera y pasaporte de los bolsillos de su cazadora de cuero. El otro hombre había acudido. Fue él quien cogió la cartera.

El de la boina examinó el pasaporte.

—Frederick Martin Genaro —leyó en voz alta—. Comerciante. Treinta años. De Nueva York —miró a Fred—. Valiente asco de

ciudad.

—Las hay peores.

—¿Marsella, por ejemplo?

—Eh, Marcel —llamó el del cabello largo—. Fíjate.

Sostenía por un ángulo, con el índice y el pulgar, una hoja de papel. Una carta llena de pliegues, mecanografiada, con membrete. Una carta vieja, deteriorada por su estancia en la cartera.

El de la boina la miró y su rostro adquirió una expresión rara.

El membrete de la carta rezaba: «Compañía Exportadora Arsace». Los ojos del hombre de la boina saltaron a la firma: una firma complicada, característica, pero ilegible; luego se ocuparon del texto.

—Jean-Pierre Arsace.

El del cabello largo gruñó:

—Le despacharon en mayo.

Marcel, el de la boina, se volvió de nuevo hacia Fred. Por su cara se hubiera dicho que no le había visto hasta aquel momento.

—Parece como si Jean-Pierre hubiera sido amigo suyo.

—Váyase al diablo, mamarracho —dijo Fred. Estaba secándose la boca con un pañuelo—. Váyase al diablo en cohete supersónico, por favor.

El de la boina se encogió de hombros.

—Avisa al patrón, Sulpice.

Sulpice dejó la carta en poder de su compañero, arrojó la cartera al regazo de Fred y abandonó la habitación.

Fred examinó las fotos que ornaban las paredes. Buenas fotos. Buenos temas. Cuatro o cinco metros de mujeres sensacionales.

En todos los carteles se veía un sello en forma de estrella con la indicación: «Agencia Magnus». Buenos carteles también.

—Jean-Pierre Arsace —dijo otra vez Marcel, pensativo—. Así que tú… Así que tú… Bien, no lo entiendo.

Fred no despegó los labios.

El del cabello largo reapareció, asomando la cabeza por la puerta.

—Dice que vayamos.

Marcel hizo una seña a Fred. Éste se levantó, metióse la cartera en el bolsillo y echó a andar. Se aplicaba aún el pañuelo a la boca.

Fueron a un despacho. El despacho principal, situado al fondo

de las oficinas.

Más lujoso incluso de lo que Fred esperaba: mármoles, oro, seda, grabados antiguos en las paredes. Serio. Un despacho como de ministro de Napoleón.

El hombre que estaba en pie en medio de la alfombra y examinaba al trasluz una copa de coñac, tenía asimismo la nariz y los ojos napoleónicos. Pero sólo la nariz y los ojos. Era alto, esbelto, elegante, aunque con un tipo de elegancia que inspiraba cierta repulsión. Había en él una cualidad siniestra que parecía concentrarse en la cicatriz pálida, posiblemente huella de una quemadura, que ostentaba bajo el ojo izquierdo.

En el aire flotaba un tenue perfume.

El perfume procedía de una mujer sentada en un diván detrás del hombre. Fred, al entrar, la vio de frente. Vio sus piernas antes que otra cosa. Sus piernas. La luz acariciaba su cabello rubio ceniza, pero sombreaba la turbadora belleza de su rostro. Llevaba un vestido negro que en otra mujer hubiera parecido sencillo. A ella la hacía inquietante.

—Adelante —dijo el hombre, sin apartar de la copa sus ojos napoleónicos.

—Es el americano de quién te hablé —explicó el de la boina. Empujó a Fred hacia el interior del despacho, mientras Sulpice entraba y cerraba la puerta—. Tú querías que le parásemos los pies.

—¿Y bien?

—Ya sabes, cada noche su «coco». Revolvía cielo y tierra para encontrarla. Un extranjero. Se hubiera puesto a vocear en plena calle si no la conseguía. La hubiera pagado a cualquier precio. Antes de una semana habría tenido a veinte polizontes pendientes de sus menores movimientos. Te lo advertí.

—Sí, Marcel, me lo advertiste…

—Había otra cosa. El palomo está sin fondos, gastando sus últimos billetes. Tú sabes lo que pasa con estos puntos cuando se quedan en blanco y no pueden pagarse la nieve. Sacan la pasta de donde sea. Imagina. Un extranjero. Cincuenta polizontes se le hubieran echado encima.

—¿Cincuenta, Marcel?

—Digo yo.

El hombre apartó por primera vez los ojos de su coñac y los fijó

en el americano. Fred miraba a la mujer. Los ojos del hombre no encontraron los suyos.

—Sulpice me ha hablado de una carta.

El de la boina le entregó la carta.

El hombre la examinó durante unos minutos, impasible. Luego bebió un sorbo de su copa, dio unos pasos y depositó la carta sobre la vasta y adornada mesa escritorio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a Fred desde allí. Marcel mostró intención de darle el pasaporte, pero le contuvo con un ademán—. Que lo diga él.

—Fred Genaro.

—¿Cuánto tiempo llevas en Marsella?

Fred miraba a la mujer.

—Nueve días.

—¿Viniste directamente de América?

—¿De dónde?

—Nueva York.

—¿Por qué te marchaste de allí?

—Disgustos.

—¿Tuviste realmente tratos con Jean-Pierre Arsace?

—Usted ha leído su carta.

El hombre suspiró. Acababa de descubrir la dirección que seguía la mirada del americano, pero no se inmutó por ello.

—Una carta que pudo serte útil hace unos meses —dijo. Tomó de la mesa la hoja de papel y leyó en ver alta—: «Cumplo siempre mi palabra. Si los quinte mil dólares pueden servirle a usted de algo en este momento, haré que lleguen a sus manos por uno u otro conducto; si no los necesita, aquí quedarán en reserva, a su disposición, hasta el momento en que reclame usted el pago. Le deseo mucha suerte». ¿Tuviste la suerte que Jean-Pierre te deseaba, muchacho?

—Otros la han tenido peor. Me soltaron pronto.

El hombre enarcó las cejas.

—De modo que estabas en la cárcel cuando fue escrita esta carta. Déjame suponer… Estabas en la cárcel, y los quince mil dólares que Jean-Pierre te debía no te servían para nada. Saliste recientemente. Has venido a Marsella a cobrar. ¿Merecen quince mil dólares la molestia de cruzar el charco? Apenas te cubren los

gastos de viaje…

—Vine como tripulante de un petrolero.

—Entiendo.

—Los quince mil pavos de ese tipo eran lo único que tenía en el mundo —dijo Fred escuetamente—. Los guardias me segaban en Nueva York la hierba bajo los pies. Era natural que viniese.

—Pero Jean-Pierre murió en mayo.

—Pensé que alguien estaría al frente de sus negocios. No pude aclararlo por carta.

El hombre sacudió la cabeza simulando pesadumbre.

—Una tontería. De la organización de Jean-Pierre no queda ni sombra. Tus quince mil dólares se han volatizado, hijo.

—Eso lo sé ahora.

—Muy bien. ¿Y cuáles son tus planes?

—Estoy a lo que salga.

—Sulpice, sírvele una copa —dijo el hombre.

Sulpice obedeció.

La mujer se levantó del diván con movimientos perezosos. Anduvo hacia el hombre. No pronunció palabra, únicamente sonrió y le dio una palmadita en la mejilla. Luego continuó andando hacia la puerta.

Fred la siguió con los ojos hasta que hubo salido del despacho.

Sulpice le ofrecía una copa de coñac.

Bebió.

—La cocaína es un lujo muy caro —dijo lentamente el hombre —. Un tipo listo no se deja esclavizar por ella, pero si comete esta equivocación encuentra por lo menos la manera de procurarse pasta para comprarla. No espera a terminar el último billete.

—Un tipo listo tiene algo que no tengo yo —replicó Fred.

Ahora sí miraba al hombre a los ojos.

—¿Qué tiene?

—Una pistola.

El hombre se humedeció los labios con la lengua.

—Hijo, ¿por quién me has tomado?

—Usted sabrá.

—Soy Edgar Parazza, director de la mejor agencia de espectáculos de Marsella. Una personalidad. Un caballero respetable.

—Está bien.

Edgar Parazza sonreía.

Tras un momento de silencio llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón, sacó un billetero y tomó unos billetes. Los sostuvo doblados entre los dedos índice y medio.

—Guardo buen recuerdo del pobre Jean-Pierre —de claro—. Puedo hacer en su nombre un pequeño favor a un amigo suyo.

—Yo no le he pedido nada.

—Ni yo hago favores a los pedigüeños —llamó por señas al de la boina—. Dale esto, Marcel. Devolvedle sus cosas —añadió para Fred—: Vuelve por aquí mañana hacia las seis de la tarde. Trataré de encontrar algo para ti.

Fred tomó el dinero, su pasaporte y la carta de manos de Marcel. Cuando lo tuvo todo miró al hombre de la boina y le dijo:

—Cochino hijo de perra.

El rostro de Marcel se contrajo. Lanzó una rápida ojeada a Parazza.

—Pero…

—Sé defenderme cuando quiero. Hijo de perra asqueroso… Eso es lo que eres: hijo de perra asqueroso.

Con un gruñido sordo el de la boina cedió a la ira y proyectó su puño como había hecho anteriormente. Pero esta vez Fred se apartó. El puño golpeó en el vacío. Su pierna se extendió y el de la boina tropezó con ella y perdió el equilibrio. Fred le cazó al vuelo por el cuello de la chaqueta, mientras su mano derecha ascendía viciosamente, de canto, buscando un objetivo calculado matemáticamente.

Marcel emitió un «¡Uuuf!» agónico. La mano volvió a golpearle: no parecían golpes, sino simples toques, breves y secos contactos.

Sulpice se lanzó en ayuda de su compañero.

Fred agarró el brazo del de la boina, se agachó un poco, basculó al hombre por encima de su hombro y lo proyectó contra Sulpice en el momento en que éste acudía hurgándose el bolsillo en busca de un arma que no llegó a sacar. Los dos hombres chocaron. Marcel cayó al suelo en posición difícil, sobre la cabeza y la espalda. Profirió un ronco grito; su impacto contra el suelo hizo vibrar las paredes.

Sulpice se encontró ante las mortíferas manos del americano. Las

manos, primero, le hincaron de rodillas, luego le derribaron de bruces. No intentó levantarse.

Marcel estaba tendido de costado, apoyado sobre un codo, jadeando, aturdido. Fred se aproximó a él y le arrancó la boina.

Debajo de la boina la cabeza del hombre era calva como una bola de billar.

—Falta de ventilación —rió desdeñosamente el americano.

Le arrojó la boina a la cara y giró con calma para dirigirse hacia la puerta.

Edgar Parazza bebía coñac y le miraba por encima del borde de la copa. Indiferente. No prestaba a Marcel y Sulpice la menor atención.

Apartó la copa de sus labios para decir:

—Mañana, a eso de las seis. No lo olvides, hijo.

Fred no demostró haberle oído. Le volvió la espalda y abandonó el despacho sin mirar más.

Encontró a la mujer en la primera antesala.

La mujer habló:

—Vivo en el cuarenta de la calle Sauveterre, apartamento C. Ven dentro de hora y media.

Fred se detuvo en la puerta.

—¿Para qué?

Ella se encogió desganadamente de hombros.

—Vendrás.

El salió. Se llevó la imagen de sus piernas en la retina.

Iría, por supuesto.

## CAPÍTULO II

Una hora y media era mucho tiempo.

Descendió a pie por el bulevar. Anduvo la primera media hora en dirección al puerto. Torció a la derecha en la calle Le Brun y se metió en un bar pequeño, estrecho, que tenía al fondo una sala con mesas y una gramola tragaperras. En el bar no había más que un cliente, el cual conversaba con el patrón mientras éste restregaba con un paño la cafetera exprés.

En la sala se encontraba otro hombre, sentado en una silla y con los pies en otra. Leía un periódico. Tenía en la mesa una copa vacía.

Era un hombre de edad madura, corpulento, con el pelo cortado en cepillo y la tez curtida surcada de arrugas. Vestía como un descargador del muelle en día de fiesta.

Fred fue a la gramola, seleccionó una canción de Sacha Distel e introdujo una moneda en la ranura. Luego se sentó a la izquierda del hombre.

—Al fin dio resultado —dijo.

El hombre le miró por un lado del periódico. Tenía los ojos grises, fríos, imperturbables.

—Vaya.

Cada noche durante siete noches consecutivas se había sentado en aquel bar de la calle Le Brun aguardando la noticia que Fred le daba ahora. Cada noche había Fred acudido sin la noticia.

—Ahora, al fin.

Sacha Distel cantaba en la gramola.

—Ha terminado por subírseles la mosca a la nariz —dijo Fred. Encendió un cigarrillo con gesto cansado—. Ya desesperaba de que se les subiera. ¿Conoces a uno llamado Edgar Parazza?

Los ojos grises del hombre despidieron un destello.

—He oído hablar de él.

—Es el patrón. El tipo de la boina y un amigo suyo me han

conducido a su presencia. Parazza dirige lo que él llama una agencia de espectáculos en el bulevar Aiguillon. Un palacio… La carta ha surtido su efecto: han mordido el anzuelo como tontos. Parece como si Jean-Pierre Arsace hubiera sido un hombre de peso.

—Lo fue.

—Parazza y sus amigos temían que un extranjero como yo, corto de dinero y necesitado todas las noches de un pellizco de coco, concluyera despertando el interés de la policía y les ocasionara complicaciones. Su idea primitiva era pararme los pies; probablemente persuadirme de que abandonase Marsella. Pero la carta les ha hecho mudar de opinión.

—Edgar Parazza —articuló el hombre, pensativo.

—Parazza ha leído la carta —añadió Fred—, y se ha mostrado enseguida la mar de respetuoso. Me ha citado para mañana. Casi me ha prometido un empleo. Me ha untado la mano —sacó del bolsillo los billetes doblados y los arrojó sobre la mesa—. Un pequeño favor en memoria del pobre Jean-Pierre.

El hombre acarició el dinero con las yemas de los dedos.

—Eso está muy bien.

—La mujer está mejor aún.

—¿Una mujer?

—Una diosa. ¡Jesús, Moreau! Parazza se tomaba una copa con ella en su despacho, y éstas no son horas de oficina. Explícame lo que hacían en la agencia los dos. El tío de la boina y su amigo sabían que encontrarían a su patrón allí; no en vano fue allí adonde me llevaron.

—¿Y qué?

Fred dirigió una mirada a su reloj.

—La mujer me ha citado para dentro de un rato en su casa.

Moreau comenzó a doblar su periódico.

—¿Con qué objeto? ¿Por qué razón?

—Me gustaría creer que es porque le he caído simpático.

—¿No?

—Con mujeres uno nunca sabe. Pero Parazza no parece tipo para consentir esa clase de jugueteos. La muñeca quiere algo de mí. Algo serio. Lo más probable es que se equivoque.

—Ve con cuidado, Fred.

La canción de Sacha Distel había terminado.

—Ojalá necesite ir con cuidado —dijo Fred sacudiendo la cabeza —. Ojalá. Ello significaría que estoy realmente metido en el avispero y que las avispas empiezan a zumbar. Lo triste sería que no tuvieran aguijón.

—¿Y lo de Gaston Laplace?

—Iré después. Pensaba ir de todos modos. Lo de Laplace no debe demorarse más allá de esta noche.

—¿No serán caminos divergentes?

—¡Yo qué sé! Lo importante, Moreau, es que algo ha ocurrido. Estoy con Edgar Parazza y puede ser el primer paso. Mañana te ocuparás de él.

Moreau se rascaba la nuca con el periódico doblado.

—Conforme.

Se oía reír a una mujer en el bar.

—Hala, hasta luego —dijo Fred.

Se levantó y abandonó la sala.

Una mujer gordita se había unido al cliente en la charla con el patrón. Éste seguía restregando la cafetera. La mujer reía tontamente.

La calle Sauveterre estaba en la parte alta de la ciudad. Fred optó por tomar un taxi.

Se hizo dejar antes, frente al número veinte.

El número cuarenta era un edificio cúbico de tres plantas, aislado en medio de un jardín. Cada apartamento disponía de una terraza independiente y una escalera de acceso exterior. Tipo americano, como en Miami Beach. Para vivir allí se necesitaba, bien una cuenta bancaria con muchas cifras, bien un cabello rubio ceniza y unas piernas fuera de serie.

La hora y media no había transcurrido aún.

Fred esperó.

De la casa no salió nadie. No entró nadie.

Un barrio residencial. Un distrito moderno, elegante y tranquilo. Árboles y jardines. Luces entre el follaje. Burgueses que digerían la merluza al horno o el salmonete a la plancha contemplando la televisión.

Una hora y media.

Fred se adentró calmosamente en el jardín del número cuarenta. Había en cada piso cuatro apartamentos. A, B,

C y D
estaban en la planta baja.

Llamó a la puerta. C.

Entornó los párpados.

Su perfume.

—Pasa —dijo la rubia.

Se había puesto cómoda.

Palpitaba bajo la tenue vestidura de su bata de noche, una prenda pesada para cubrir sin ocultar. Estaba clamorosamente viva, era deslumbradoramente joven y abrumadoramente mujer.

Fred entró.

Un nido decorado en gris y azul.

Se pasó por la frente el dorso de la mano.

La mujer había cerrado la puerta y, dejándole a su albedrío, caminaba hacia el bar, donde era evidente que antes de abrir estuvo preparando unas bebidas. Fred la miró hechizado. Pensó que no podía existir en el mundo espectáculo comparable al que, simplemente moviéndose, ofrecía ella por sí sola. Opera, circo, cinerama, ¡narices!

Ella.

Avanzó y se sentó en una butaca en el momento en que la mujer se volvía con un vaso de «highball» en cada mano.

—He oído que te llamas Fred Genaro.

—Sí.

—Yo soy Josette Robin.

—Muy bien —dijo él.

Ella se le acercaba brindándole la bebida. Tomó el vaso.

—Te sabías mi nombre de memoria, ¿no?

Fred la miró con sorpresa.

—¿Yo? Lo oigo ahora por primera vez.

—No, en serio; dime la verdad. ¿Qué hay conmigo? Hablemos claro, Genaro. De tú a tú. ¿Qué hay conmigo?

—¿Me has hecho venir para averiguarlo?

—No quiero correr riesgos tontamente.

Él bebió un sorbo. Un sorbo pequeño.

—Nena, yo no sé que haya nada contigo.

—¡Vamos! ¿Por qué en el despacho de Edgar has estado mirándome de ese modo?

—Ponte ante el espejo y pregúntaselo.

—No bromeo.

Fred se levantó suspirando de la butaca.

—Si eso era todo perdemos el tiempo los dos —tendió el vaso a la mujer—. Gracias por la bebida. Buenas noches.

Ella no tocó el vaso.

—Espera.

—No. Los jeroglíficos me fastidian.

—¡Espera! Si sea por lo que sea no quieres hablar claro, lo haré yo. Te crees muy listo, ¿verdad, nene? Puede que hayas engañado a Edgar, no digo que no; pero te aseguro y requeteaseguro que a mí no me la das. Estás loco jugándote así el pellejo, y quién te ha enviado está tan loco o más que tú. Aguarda a mañana: apuesto diez contra uno a que si vuelves a arrimarte a Edgar no pasará una hora sin que te trufen con balas el cuerpo. ¡Canastos! Ve y díselo así a Mike Frontino. El consejo es gratis.

Fred respondió tranquilamente:

—Si algún día llego a conocer a alguien llamado Mike Frontino, con mucho gusto se lo diré.

La mujer titubeó. Estaba ante él, con el «highball» intacto, enojada, escrutando atentamente su rostro.

—¿Es cierto que has venido directamente de América?

—La pura verdad.

—¡Pero Mike Frontino te ha hecho venir! ¡Niégalo!

—No conozco a nadie llamado Frontino.

Josette Robin se acercó un paso más.

—Tú no eres un muerto de hambre, Genaro. No lo eras en América. Se te nota la clase en el modo de moverte, en la mirada, en todo.

—Gracias.

—¡Oh, no lo digo por halagarte! Me refiero a que uno como tú no se gasta los últimos billetes en cocó sin haber planeado previamente la manera de conseguir más. Me refiero a que no eres la basura que aparentas ser. Y Edgar se ha dado cuenta de esto como yo; no vayas a figurarte que tus maneras le han echado arena a los ojos.

Fred frunció el entrecejo. Preguntó súbitamente:

—¿Qué te pasa?

—¿A mí?

—¿Qué cuerno escondes debajo de tantas sospechas?

La mujer abrió la boca, pero no dijo nada.

Hubo un silencio.

Ella semejó acordarse del vaso que tenía en la mano; bebió un largo trago y concluyó por confesar:

—Estoy asustada.

—¿Por causa de Parazza?

—No, no solamente por causa de él. Es sobre todo por lo que Mike pueda hacer. Y por ti. Te lo digo, te lo repito, Genaro: no vuelvas mañana junto a Edgar No es momento de empezar las cosas.

—Quizá sí lo sea, nena.

—¡Yo lo sé mejor que nadie! Para la guerra es siempre demasiado pronto. ¡Oh, canastos, recanastos! ¿Quieres decirle a Mike Frontino que su única solución es esperar? ¿Quieres ir y meterle esto en la cabeza?

—¿Te ha encargado Edgar Parazza de persuadirle?

—¡Idiota! Edgar me degollaría si supiera esto.

Fred apartó sus ojos de los de ella.

Reflexionaba.

Dio unos pasos de acá para allá, bebiendo, hasta vaciar el vaso. Luego fue a dejar este sobre el bar y encendió un cigarrillo.

Josette le contemplaba expectante.

—Te propongo un trato —dijo él.

—No me fío.

—Despacio, nena. Diré lo que tú quieres y a quién tú quieres, y te juro que mañana no volveré junto a Parazza, si a cambio me dices tú algo a mí.

—No me fío —repitió ella.

—¿Tiene Parazza negocios con uno llamado Gaston Laplace?

La actitud de la mujer tornóse repentinamente recelosa.

—Oye…

—Di.

Ella se cruzó el escote con la bata. Su recelo parecía incluir una pequeña parte de pudor.

—Alguna vez puede que hayan hecho algún negocio. Laplace… Te refieres a Laplace, al propio Laplace… Quiero decir al director

del «Midi-Folies». Al del *cabaret.*

—¡Sí, cuerno! ¡Y no hablo de negocios de espectáculos!

—Los negocios de Edgar son de espectáculos.

—¿La cocó es un espectáculo? ¿Y la heroína? ¿Y la morfina?

—¡Basta de esto, Genaro!

Fred se dirigió en línea recta a la mujer y la asió rudamente de las muñecas. El vaso que ella conservaba todavía en la mano, cayó al suelo y se rompió.

Josette lanzó un ahogado grito. Se debatió un instante.



*Josette lanzó un ahogado grito...*

—¡Si no me sueltas armaré un escándalo! ¿Oyes? ¿Oyes?

—¿Los negocios de Parazza con el «Midi-Folies» son únicamente a través de Laplace? ¿O interviene alguien más?

La mujer no armó el escándalo. Se limitó a gemir:

—Habéis perdido el juicio… Completamente perdido el juicio…

Genaro, ¡créeme! no sigas por ahí o vamos todos de cabeza al desastre. Yo estoy con Mike Frontino, pero esto es demasiado peligroso…

—Ya sabes lo que quiero que me digas. Conecta.

—¡Y tú ya sabes lo que te diré, o no lo preguntarías!

—Supón que no lo sé.

—¡Está bien, sí! ¡Edgar trata con Laplace y con Delacroix! ¿Y qué? Dejad en paz a Delacroix. El queda fuera.

—Delacroix —repitió Fred. Aunque lo disimulaba, estaba perplejo. Lo había estado desde el principio, pero más desde que Josette acababa de pronunciar aquel nombre—. ¿Qué tecla toca Delacroix? ¿Quién es?

—¿Te burlas de mí?

—Nunca oí mencionar a ningún Delacroix en América.

—¡Genaro, por favor! ¡Niégame que Mike Frontino te ha hablado de él!

—No sé quién es Mike Frontino.

La mujer había palidecido. Le miraba con temerosa curiosidad, entreabriendo sus carnosos y frescos labios, pero olvidada al parecer de sus encantos y del efecto que en el americano podían producir.

Fred no olvidaba nada.

—Te burlas, te burlas, ¡te burlas! —exclamó ella—. ¿Tampoco es Mike Frontino quien te ha hablado de Gaston Laplace?

—No. En el despacho de Parazza has oído que he venido de América para cobrar quince mil dólares que me debía uno llamado Jean-Pierre Arsace. Gaston Laplace era amigo de Jean-Pierre. El resto lo imaginas tú Josette se sobresaltó.

—¡Canastos!

El soltó sus muñecas. Ella estaba atónita.

—Comienzas a pensar que no he dicho más que la verdad desde el principio, ¿no es así? Que te has colado. Que me has tomado por quien no soy. Que te has ido de la lengua ante alguien que, a fin de cuentas, puede mostrarse leal con Parazza e informarle de tus manejos.

—¡Tú no harás eso, Genaro! ¡Fred! ¡No lo harás!

—Está bien, Parazza no sabrá nada —dijo de repente Fred. Vio pasar por aquellos labios enloquecedores una fugaz sonrisa de satisfacción—. Pero puede que sea yo quien se beneficie de ello.

Puede que no anduvieras desencaminada en tus ideas con respecto a mí. Vuelve a pensarlo.

Ella retiró de sus hombros las manos de él y retrocedió un paso. Su pecho subía y bajaba a compás de la respiración. Había una luz peculiar en sus enigmáticas y perezosas pupilas.

—¿Quién eres en realidad? ¿Quién canastos eres?

El sacó un pañuelo del bolsillo y se lo aplicó a la boca. El beso había hecho brotar sangre del lugar donde dos horas antes le hirieran los puños de Marcel.

Se encogió de hombros.

—Nos veremos de nuevo, muñeca. Poco a poco lo irás averiguando.

—No te dejaré marchar sin que…

—¿De veras?

Josette bajó la mirada al vaso roto en el suelo.

—He sido una estúpida. El miedo puede hacer de una, una estúpida. Nunca debí haberte pedido que vinieras, pero había algo en ti, algo distinto, tan especial… Vete. Y mejor si olvidas lo que te he dicho.

—Sólo lo que me has dicho —replicó Fred. Dio unos pasos hacia la puerta, con desgana—. Lo demás no es fácil que lo olvide.

—Fred.

—¿Qué?

La mujer continuaba mirando al suelo.

—Vete. Vete antes de que sea tarde. No quiero decir de mi casa solamente. Vete de mi vida, de Marsella, de Europa. Creo que no sabes exactamente en lo que te has metido.

Él no dijo si lo sabía o no.

Permaneció un instante contemplándola, deleitándose en el más bello espectáculo del mundo.

Luego abrió la puerta y salió sin despedirse.

Sonrió al hallarse fuera.

¿Por qué no?

Volverían a verse. Era sólo el principio. Mil cosas podían ocurrir, no todas malas. No precisamente todas malas.

Una francesa. Una rubia en Marsella. No era leyenda lo que de las francesas se contaba al otro lado del charco.

¡Sus besos!

Fred hinchó el pecho y anduvo calle abajo hasta el cruce con la avenida Richelieu, donde encontró una parada de taxis.

—Al «Midi-Folies».

El *cabaret* tenía la fachada cuajada de bombillas de colores que simulaban un ramo de flores. En cada flor figuraba el nombre de una de las estrellas del espectáculo.

El americano despidió el taxi y rodeó el edificio para dirigirse a la puerta trasera.

—Deseo hablar con el señor Laplace.

Se oía la música interpretada en el interior. Mucha trompeta, mucho bombo, muchos platillos.

El portero mascaba un mondadientes.

—El señor Laplace se ha marchado ya.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Mañana.

—Ahora. Es urgente.

—Mañana.

—¿Cuánto hace que se marchó?

—Media hora, veinte minutos. Vuelva, mañana.

Fred se alejó en busca de otro taxi.

¿Mañana? ¡Narices!

Sabía perfectamente dónde vivía Gaston Laplace. Un ático con aire puro y buenas vistas. Una casa suntuosa en la avenida Catorce de Julio.

Encontró el taxi. Fue.

Mientras el ascensor le conducía al último piso, pensaba en lo que le había dicho Josette. «No sigas por ahí o vamos todos de cabeza al desastre». ¿Seguir por dónde?

Por un camino que pasaba a través de Gaston La place, naturalmente.

—Vengo expresamente de los Estados Unidos para ver al señor Laplace —dijo al criado argelino que le abrió la puerta—. Me han dicho en el teatro que le encontraría aquí. Lamento lo inoportuno de la hora, pero es urgente.

El argelino le estudiaba con impasibles, redondos y negros ojos. La hora no parecía para él inoportuna. Estaba completamente vestido, cuidadosamente peinado y absolutamente despierto.

—¿Su nombre, señor?

—Frederick Genaro, de Nueva York.

—Veré, señor. Tenga la amabilidad de esperar.

Fred quedó solo en el vestíbulo.

El argelino se había marchado por la puerta del fondo. Había a la izquierda otra puerta, entreabierta, por la cual se colaba un haz de luz, un reflejo amarillo.

Fred fue a la puerta y la empujó para asomarse.

Una sala de estar. Los ventanales de la terraza. Una lámpara de pantalla amarilla.

Un diván.

Al hombre tendido en el diván no le había visto más que en fotografía, pero pudo reconocerle fácilmente.

Gaston Laplace.

Pudo reconocerle a pesar de la mueca horrenda que contraía sus facciones y había congelado para la eternidad sus rasgos de burgués bien nutrido.

Estaba muerto. De su pecho sobresalía el mango de un bello puñal.

## CAPÍTULO III

También era rubia.

Se asió al marco de la puerta, blanca como el papel, temblorosos los labios. Su exquisito vestido tenía el sello inconfundible de París, y ella, incluso en aquel momento difícil, lo llevaba con la gracia de una modelo profesional.

El argelino habíase arrodillado junto al diván y hacía como que le tomaba el pulso al cadáver.

Fred se dijo que las rubias estaban de moda. Preguntó:

—¿Es usted la señora Laplace?

La mujer asintió en silencio.

—Está muerto —anunció el argelino. Miró a Fred recelosamente —. Oreo que está muerto. No podemos hacer nada por él.

El americano suspiró. No podía hacer nada por Laplace, pero tampoco por sí mismo. Demasiado tarde. Se hallaba con los dos pies presos en el cepo. Ni soñar con echarse atrás.

Anduvo resignadamente hacia la mesilla donde estaba el teléfono. Buscó en la guía el número de la Prefectura de Policía. Llamó.

—Un asesinato. Ciento seis, avenida Catorce de Julio. Ático. Gaston Laplace… Ciento seis, avenida Catorce de Julio.

Oprimió con el pulgar la horquilla para cortar la comunicación y marco otro número acto seguido.

Miraba a la mujer y ella le miraba a él.

—Diga —articuló una voz malhumorada, al otro extremo del hilo—. Y si es el borracho que llamó anoche a estas horas puede…

—Quiero hablar con Moreau.

Silencio.

—Moreau al aparato.

Era notable: la mujer parecía horrorizada por el espectáculo del cadáver tendido en el diván, pero no apenada, no dolorida.

El espectáculo del cadáver de su marido.

Muy notable. Muy de acuerdo, empero, con lo que Fred sabía de ella.

—Soy Fred. Siento decirte que todo se ha ido al cuerno.

Moreau aventuró:

—¿La mujer?

—No. Laplace. Acabo de llegar a su casa y le he encontrado muerto. No he podido hacer otra cosa que avisar a la policía. Comprendes, ¿no? mi situación.

El teléfono transmitió fielmente el reniego de Moreau.

—Comprendo. Ya veré lo que hago.

—Estoy en su casa.

—Sí, Fred. Mala suerte.

Fred depositó el aparato en su soporte.

Acudió junto a la mujer y con suavidad la tomó del brazo.

—Vamos, no debe usted quedarse aquí.

Ella se dejó conducir al vestíbulo.

—Estoy bien. Solamente aturdida. Es tan… ¡Oh, es tan fantástico! ¡Tan increíble!

—¿Tan doloroso no?

Los labios de la mujer se contrajeron.

—Supongo que sí. ¿Quién es usted?

—Uno a quién llaman Fred Genaro.

—No recuerdo haberle visto nunca.

Fred volvió la cabeza.

El argelino les contemplaba desde el umbral de la sala de estar. Sus ojos no eran en aquel momento impasibles. Eran dos cráteres de pasión.

La señora Laplace dio unos pasos, abrió una puerta y encendió una luz.

Un despacho lleno de libros, con una mesa cubierta de periódicos y revistas. Dos butacas de cuero.

La mujer entró y dejó la puerta abierta a su espalda.

—Venga —dijo Fred al argelino—. Hay algo que me gustaría aclarar antes de que llegue la policía.

El criado se aproximó. Fred entró con él en el despacho.

La señora Laplace se había sentado en una de las butacas, las manos apoyadas sobre los brazos de ésta, la cabeza echada atrás, los

ojos cerrados.

Era una soberbia mujer, joven, delicada, elegante, pero fría como un témpano. Una estatua maravillosa. Solamente una estatua. Un prodigio arquitectónico. Los ojos se recreaban en ella como se hubieran recreado en una catedral gótica.

El argelino dijo súbitamente:

—Ha tenido que matarle usted. Usted y nadie más que usted. ¿Es eso lo que quiere que aclaremos, señor americano?

La señora Laplace abrió los ojos.

—Por favor, Selim.

—Déjelo —dijo Fred—. En cierto modo no se equivoca. Me he quedado solo en el vestíbulo. He tenido ocasión de entrar en la sala de estar y apuñalar al señor Laplace antes de que él y usted aparecieran y me encontrasen allí. Hubiera necesitado sólo unos segundos. Lo curioso, lo extraordinario, es que se me haya brindado semejante ocasión.

La señora miró al criado y luego a Fred otra vez.

—¿A qué se refiere?

—Cuando este hombre me ha abierto la puerta he dicho que deseaba ver a Gaston Laplace. Él ha dado a entender que iba a averiguar si podía recibirme y se ha marchado por la puerta del fondo del vestíbulo. El señor Laplace, sin embargo, se encontraba en la contigua sala de estar, y con la puerta entreabierta por añadidura. No había razón para ir en su busca por la puerta del fondo.

—Yo no sabía dónde estaba —replicó secamente el argelino—. Le creía con la señora.

—¿Sí?

—Es verdad —dijo ella—. Gaston había estado conmigo hasta poco antes. Selim nos trajo hielo.

—¿Hielo para qué?

—Para preparar unas bebidas.

—¿Celebraban algo?

—Conversábamos. Gaston acababa de llegar.

—¿Y luego?

—Gaston se retiró. Pensé que se marchaba a su cuarto.

—¿Habitaciones separadas?

La mujer sostenía tranquilamente la mirada del americano.

—Sí.
—¿Su marido vino solo?
—¿Vino solo, Selim? —repitió ella.
—Solo, señora.
—¿Vino alguien desde que llegó él hasta que llegué yo?
—Nadie —dijo Selim.
—¿Cómo puede asegurarlo?
—Yo estuve todo el tiempo en el cuarto de servicio. El timbre de la puerta suena allí. Lo hubiera oído si alguien hubiese llamado.
La señora Laplace frunció el entrecejo.
—Alguien llamó por teléfono —declaró—. Quiero decir que llamó cuando Gaston ya no estaba conmigo.
Fred interrogó al argelino con la mirada.
—Cierto —asintió éste.
—¿Quién era?
—No lo sé. No atendí la llamada.
—¿Y usted?
—Tampoco —dijo la mujer—. Sonó un solo campanillazo. Hay un aparato en mi habitación, pero antes de que lo descolgara oí el clic indicador de que otro había sido descolgado primero. Si no fue Selim quien lo hizo tuvo que ser Gaston.
—¿Cuántos aparatos hay en la casa?
—Uno aquí, otro en la sala de estar, otro en la cocina, otro en el cuarto de Gaston y otro en el mío. Alguno de ellos, o varios, suelen estar desconectados.
—Supongamos que el señor Laplace respondió a esa llamada y que la persona que la hacía le anunció que venía a visitarle, que estaba llegando, que subiría de un momento a otro. Supongamos que él, advertido, abrió la puerta antes de que llamara, recibió personalmente a esa persona y la introdujo en el cuarto de estar. Es posible que ocurriera así sin que ustedes lo oyesen.
Selim se encogió de hombros.
—Posible, sí —dijo la mujer, sin convicción.
—Si no fue eso lo ocurrido —añadió Fred—, a Gaston Laplace le mató uno de nosotros. Yo no fui. Ya me entienden.
—Fue usted —replicó el argelino.
Tan serena como si se encontrara en una reunión de sociedad, la señora Laplace examinó pensativa al americano.

—¿Usted quién es? ¿Con qué objeto deseaba ver a mi marido a esta hora?

—Negocios.

—¿No puede ser más explícito?

—Depende de lo que usted sepa de los negocios de su marido. Y no me refiero al *cabaret*.

—¿No?

—Ni tampoco a las diferencias que pudiera haber entre su marido y usted. Ni a los sentimientos íntimos de su criado.

—No le comprendo —declaró glacialmente la mujer.

—¿Se ha fijado en el arma que ha dado muerte a su esposo?

—He preferido no fijarme.

—¿La ha reconocido? ¿La había visto anteriormente en esta casa?

—No lo sé. Creo que no.

—Oiga —dijo Selim.

Había avanzado un paso. Tenía los puños cerrados y en sus oscuros ojos un fulgor maligno.

En aquel instante sonó el timbre de la puerta. Una llamada fuerte, insistente, franca.

Fred, sonriendo vagamente, escudriñó el rostro del argelino. Éste murmuró algo ininteligible, y como la llamada se prolongara dio media vuelta y abandonó el despacho para abrir la puerta.

Uniformes. Dos gendarmes. Un inspector.

Fred encendió un cigarrillo y permaneció en segundo término dejando que la señora Laplace asumiera la iniciativa, con tanta calma como si estuviera recibiendo a los invitados a una partida de *bridge*.

Pero el intervalo no duró.

Llamaron de nuevo a la puerta.

Abrió un gendarme. El hombre que había llamado le mostró una credencial antes de entrar. Luego entró y se la mostró al inspector.

Miró en torno. Descubrió a Fred todavía en el despacho.

La señora Laplace y el criado argelino se hallaban en el vestíbulo, ante la puerta del cuarto de estar. El segundo gendarme había acudido junto al cadáver y lo contemplaba con los brazos en jarras.

El recién llegado echó a andar hacia el despacho e hizo al

inspector seña de que le siguiese. No había despegado aún los labios.

Habló cuando hubo cerrado la puerta que comunicaba el despacho con el vestíbulo.

—Inspector Fouquet —dijo entonces—, creo que facilitaré su tarea presentándole a Fred Genaro, de la Oficina de Narcóticos de la Tesorería de los Estados Unidos.

—Gracias, Moreau —sonrió Fred—. Llegaste a tiempo.

El comisario De Montgon bebía ajenjo.

Fred contempló con repugnancia cómo disolvía el azúcar en el agua y derramaba esta gota a gota en el vaso.

Fouquet, dijo:

—Ésta es la cuestión, señor comisario.

El elegante bar de la avenida Catorce de Julio, a tres manzanas de distancia del lugar donde había vivido Gaston Laplace, estaba vacío, sin más clientes que los cuatro hombres sentados en torno a una mesa apartada El barman, el camarero y el cajero discutían en voz baja que si Anquetil, que si Geminiani, que si Darrigade.

El comisario declaró:

—No me gusta interferir con nadie ni que nadie interfiera conmigo. Ni para bien ni para mal, Moreau. Estoy dispuesto a dejar ese condenado asunto de Laplace enteramente en sus manos. Tú te retiras, Fouquet. La Prefectura no quiere saber una palabra más.

—Ésta es la cuestión, señor comisarlo —asintió el inspector, diligente.

Moreau soltó un reniego.

—¡Imposible!

—Moreau, no sea usted cabezota.

—¿Cabezota? ¿Cómo quiere que me ocupe yo de un asesino? ¿Cómo quiere que me ocupe yo? Soy un agente de la Interpol especialista en narcóticos. ¡Váyase al diablo!

De Montgon inspeccionó su ajenjo al trasluz. Era un hombre pequeño, narigudo, de aspecto burocrático y ojos penetrantes.

—Demasiadas interferencias.

Fred preguntó con suavidad:

—¿Tiene usted miedo?

El comisario se volvió hacia él.

—¿Yo?

—Usted. Por demasiadas interferencias entiende demasiadas presiones desde las alturas. Si el asesinato de Laplace es un problema de narcóticos hay peligro de que se empantane en él para siempre la carrera de cualquier policía. Narcóticos significa vastos intereses, enormes capitales, colosales influencias, manejos políticos, empresas navieras, compañías de importación-exportación y, detrás de todo ello, la mafia internacional.

De Montgon enrojeció.

—¿Imagina que estamos en los Estados Unidos?

—En Francia. En Marsella, comisario. En la ciudad de donde sale el veinticinco o el treinta por ciento de las drogas que se consumen ilegalmente en mi país. Me explico su prudencia. Llamémoslo prudencia, si quiere.

El policía depositó el vaso de ajenjo sobre la mesa.

—No he venido a que un extranjero me insulte —se levantó—. Buenas noches, señores.

Moreau le tiró rudamente de la manga.

—¡Siéntese, idiota! Trate de pensar con la cabeza en lugar de con los pies. Gaston Laplace era un hombre rico, un hombre importante y conocido en los ambientes del espectáculo, un personaje familiar a los periodistas. Su muerte causará sensación. Si el señor Genaro o yo aparecemos mezclados en la investigación todo nuestro trabajo se vendrá a tierra. Para el señor Genaro en particular, conservar el incógnito es imprescindible. Se juega el éxito. Y la vida.

De Montgon volvió a sentarse.

—La vida, ¿eh?

—Cuéntale, Fred.

—Hace unos meses —dijo el americano— nuestra Oficina, en colaboración con la Interpol, consiguió localizar en Marsella a uno de los principales exportadores de narcóticos a los Estados Unidos. Nosotros levantamos la pista allí, la Interpol la siguió aquí. La pista conducía a un comerciante llamado Jean-Pierre Arsace, quien operaba fingiéndose con preferencia exportador de vinos. Es cierto que enviaba vinos a América, pero una parte de sus fletes se componía de cocaína y especialmente de opiáceos, como morfina y heroína. Conseguimos pruebas suficientes para procesar a Arsace, pero la Interpol aconsejó mantenerlas en reserva en la creencia de

que el comerciante era sólo un hombre de paja, o un agente, y su negocio la fachada de una empresa mucho más importante. En aquel momento, sin embargo, la organización de Arsace fue objeto de una absoluta limpieza al vacío. Todo quedó derruido en veinticuatro horas. A Jean-Pierre Arsace se lo tragó la tierra, y lo mismo a sus colaboradores. ¿Ajuste de cuentas? ¿Medida urgente de precaución? Lo que fuera. Nos dejaron en el aire, a la Interpol y a nosotros.

—Arsace fue asesinado —intervino Moreau—. En mayo, comisario. Usted lo sabe.

—Sé a lo que se refiere —dijo De Montgon, ceñudo—. Dos accidentes de automóvil similares en el mismo día. Siete muertos, de ellos dos mujeres. Los cadáveres no fueron identificados con certeza.

—Limpieza al vacío —repitió Fred—. Pero alguien se salvó de la matanza, probablemente porque no se sabía que la Interpol le tenía echado el ojo encima y había reparado en sus peculiares contactos con Arsace. Podía ser una pista falsa. O podía ser la clave de todo…

—¿Gaston Laplace?

—Sí.

—Laplace era amigo de Arsace —aclaró Moreau—. ¿Simplemente amigo? ¿Socio? ¿Cómplice? Había que averiguarlo.

—¿Y qué?

—Ha muerto sin que lo hubiéramos averiguado aún.

—Algún tiempo después de la aniquilación de Arsace adquirimos la convicción de que el tráfico se había reanudado —prosiguió Fred —. Pero ahora no había la menor evidencia, la menor traza. Hombres nuevos, métodos nuevos. Localizar a Jean-Pierre Arsace había sido labor de años. Volver a empezar representaba haber perdido aquellos años. Entonces se me encomendó la misión de venir a Marsella e infiltrarme en el comercio de narcóticos local. La idea era que en mi calidad de americano acaso tendría ocasión de pasar del ámbito local al de las exportaciones a América. Una gota de esperanza en un océano de desesperación.

—El señor Genaro lleva aquí nueve días —puntualizó Moreau—. Ha estado comprando diariamente cocaína y frecuentando la aristocracia de nuestros bajos fondos. Esta noche ha conseguido al fin trabar relación con lo que parecen ser peldaños elevados del

tráfico clandestino. Precisamente esta noche, ¿se da usted cuenta?

—¿Estaba o no Laplace en esos peldaños? De eso quiero darme cuenta, Moreau. Lo demás no es asunto mío.

—No lo sé —dijo Fred—. Tengo en mi poder una carta a Arsace, falsificada, en la cual admite deberme quince mil dólares. Esta carta me sirve de respaldo.

Proyectaba ir con ella a sondear a Gaston Laplace, y después de lo ocurrido esta noche no podía demorarlo ni un día más. He ido. He encontrado a Laplace muerto.

El comisario sacudió la cabeza.

—Sigo pensando que ni siquiera eso es asunto mío.

—¿A pesar del puñal?

El inspector Fouquet tosió. Era la primera señal de vida que daba desde que comenzó la discusión.

De Montgon le preguntó a él:

—¿Ocurre algo con el puñal?

—Creo, señor comisario, que el señor Genaro alude a que es un arma norteafricano, con el mango labrado a la manera típica de la artesanía berberisca. Hay un criado argelino en la casa.

—¡Oh, qué sugestivo! —exclamó sarcásticamente el policía.

—¿Por qué no? —inquirió Fred—. Yo en su lugar investigaría cuáles eran las relaciones de Gaston Laplace con su bella y distinguida esposa. Procuraría averiguar de qué manera la trataba, y de qué manera le trataba ella a él. Me interesaría por la posible existencia de un seguro de vida. Husmearía los conflictos sentimentales, los amantes, los amigos y amigas, las diversiones. Yo haría todo eso y más, comisario. Yo examinaría los antecedentes, la conducta, la mentalidad, los gustos y las inclinaciones del criado argelino. Yo…

—En una palabra —atajó De Montgon—, usted dejaría de lado la cuestión de los narcóticos.

—Yo tendida en cuenta —concluyó el americano— que en el momento de cometerse el crimen, Gaston Laplace estaba solo en la casa con su criado y su esposa. Mi llegada debió de ser inmediata. No hubo tiempo para grandes mixtificaciones. Cuando yo salí, del *Folies-Midi* hacia la avenida Catorce de Julio hacía, según el portero del «*music-hall*», veinte o treinta minutos que Laplace se había marchado.

—¿Y fue usted directamente? —preguntó el comisario con súbito interés.

—Fui directamente. El criado argelino me abrió la puerta y dijo que iba a preguntar si Laplace podía recibirme. Me dejó solo en el vestíbulo. Vi la puerta de la sala de estar entreabierta, vi luz, y apenas asomar la cabeza vi el cadáver. ¿Es verosímil que el criado no lo hubiera visto antes que yo, y que ni siquiera hubiese reparado en la puerta y en la luz? ¿Por qué fue en busca de Laplace a las habitaciones interiores?

El inspector Fouquet objetó:

—La explicación que Selim da no es inverosímil. A fin de cuentas es posible que no reparase en la luz ni en la puerta de la sala de estar. Poco antes había visto a Laplace en La habitación de su esposa…

—¿Y por qué vino ella con el criado?

—¿Ella?

—Selim no encontró a Laplace con su mujer, comprobó que no se hallaba tampoco en su propia habitación y regresó al vestíbulo para buscarle en el despacho o en la sala de estar. Supongamos que ocurriera así. Pero el hecho es que cuando el criado apareció en la sala de estar la señora Laplace le acompañaba o le seguía… ¿Por qué? Ambos entraron casi juntos. Yo miraba en aquel momento el cadáver. El argelino corrió hacia el diván y la mujer se quedó en la puerta. ¿Por qué vino ella también? ¿Acaso tenía por costumbre fiscalizar las visitas de su marido?

El comisario miró a Fouquet. Éste hizo una mueca.

—Es una idea —concedió aquél. Por primera vez habló al americano con relativa amabilidad—: Parece usted un hombre observador, señor Genaro.

—Favor que me hace usted —respondió Fred burlonamente.

De Montgon apuró de un trago su ajenjo y se levantó.

—Observador y listo —agregó—. Su intención ha sido mostrarme que el asesinato de Laplace ofrece ancho campo a las pesquisas sin necesidad de mezclar en éstas la conexión de la víctima con el tráfico de narcóticos, conexión, por lo demás, que no pasa de ser una sospecha, una remota hipótesis. Muy bien. Los narcóticos para ustedes. Nuestros caminos no se han cruzado, ustedes y yo no nos hemos visto. Los narcóticos para ustedes y el

resto para mí —consultó su reloj—. Vámonos, Fouquet. Buenas noches.

Sacó del bolsillo un arrugado billete.

—Déjelo —dijo Moreau—. La Interpol invita.

Los dos policías se marcharon.

Fred se recostó en su asiento. Suspiró.

—Manos libres.

Moreau tenía la vista fija en la puerta por dónde los dos hombres habían salido.

—Hubiera querido prevenirte: no hagas caso de lo que dice De Montgon. Es un zorro, astuto como el diablo y farsante por naturaleza. Le gusta regatear como a los campesinos provenzales. Ha conseguido de nosotros cuanto deseaba.

—¿Qué era?

El hombre de la Interpol rió sordamente.

—Lo mismo que tú: manos libres. Y los narcóticos se las ataban.

Fred miró hacia el bar.

El cajero hablaba del «*sprint*» de Darrigade. Bostezó.

—Moreau, vamos a tener mucho trabajo. Nuestro cuadro se está llenando de figuras.

—Cadáveres.

—No. En primer lugar, es cierto que Gaston Laplace ha tenido negocios con Edgar Parazza; y Parazza no es únicamente un agente de espectáculos, como Arsace no era únicamente un exportador de vinos. En segundo, hay una guerra en puerta. ¿El nombre de Mike Frontino te dice algo?

Moreau hizo un gesto de sorpresa.

—Naturalmente.

—Frontino fue deportado de los Estados Unidos donde mangoneaba los «rackets» de drogas de la costa Oeste. Es seguro que la mafia está detrás de él. Ha residido últimamente en Italia. Ahora, por alguna razón que ignoro, va a lanzar contra Parazza una ofensiva.

—¿Cómo sabes eso?

—La rubia de Parazza cree que es Frontino quien me envía, Está aterrorizada por lo que pueda pasar.

—Fred, eso va a costarte la piel.

—Lo mismo piensa la rubia.

—Bueno, y ella conoce el paño —Moreau sacudió la cabeza—. Parece que hemos dado con la buena pista, pero el juego se vuelve demasiado peligroso. Habrá que buscar otro camino.

Fred, pensativo, se pellizcaba el lóbulo de la oreja.

—¿Quién es Delacroix?

—¿Qué Delacroix?

—No lo sé. La rubia me dijo que Edgar Parazza trataba con Laplace y con Delacroix, y añadió que dejáramos en paz a Delacroix, que debía quedar fuera. Fue la primera vez que oí su nombre.

—Delacroix —repitió Moreau—. No caigo. Mañana veré lo que hay por ahí. Vámonos —bostezó—. Iba a meterme en cama cuando me has llamado por teléfono. Es horriblemente tarde.

Fred le dejó que pagase el gasto.

Invitación de la Interpol.

Pensaba en Josette Robin. La rubia.

En sus piernas. ¡Oh, cáscaras! En sus piernas. En sus piernas.

## CAPÍTULO IV

Una mujer cantaba: *vous… vous mon amour… vous…*

*C'est*

*c'est*

*c'est*

Desafinaba.

Alguien estaba llamando a la puerta de la habitación.

—¿Qué pasa? —exclamó Fred, furioso.

—¡Teléfono, *monsieur* Genaro!

La mujer, en el piso de abajo, solía cantar todas las mañanas a la misma hora. La misma canción. Desafinaba siempre las mismas notas.

Fred saltó de la cama, y en pijama, descalzo, abrió la puerta y salió al pasillo. El teléfono estaba al extremo de éste.

—Se va a resfriar, *monsieur* —le dijo la patrona.

No contestó.

Era Moreau quién llamaba.

—¿Fred?

—¡Vete al diablo! ¡La gente necesita dormir!

—La gente necesita dormir de noche —puntualizó el hombre de la Interpol—. Son casi las once de la mañana.

—Mira, déjame decirte…

—Julien Delacroix puede ser un becado que merezca la pena —anunció calmosamente Moreau.

Fred se apoyó en la pared.

—Ya.

—Millones. Situación prominente. Influencias. Piso en París, villa de recreo en Antibes, yate. Lo que quieras.

—Ya —repitió Fred. Su enojo se había calmado. Se humedecía los labios con la lengua—. ¿A qué se dedica oficialmente?

—Director de *Assurances Generales Unies*, una compañía de

seguros. Posee la mayoría del capital, y a través de la
A. G. U.
el control de otras compañías menores. Buenas conexiones financieras. Buen respaldo bancario.

Fred silbó.

—¿Ha de ser él? El Delacroix que mencionó la rubia, ¿ha de ser él? No veo a un magnate de los seguros metido en un negocio de mandanga con gentuza como Laplace o Parazza.

—¿Gentuza? Gaston Laplace era el empresario más acreditado de Marsella. Edgar Parazza dirige la mejor agencia de espectáculos de la ciudad y ha lanzado a media docena por lo menos de las figuras que actualmente triunfan en París; ases de la canción, estrellas de la revista y las variedades, bellezas del cine. Tiene buen olfato para los gustos del público. ¿Dices gentuza? Me gustaría que cualquiera te oyese. Me gustaría, Fred.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Bueno, Julien Delacroix era el agente de seguros particular de Laplace y creo que lo es también de Parazza. Es además, si no me equivoco, uno de los capitalistas del *Folies-Midi*, o uno de los que avalan el crédito del negocio.

—¿A cambio de perseguir a las coristas?

—O de huir de su persecución.

—¿Sí?

—Treinta y pico de años, soltero, apuesto, distinguido, millonario. ¿A ti qué te parece?

—Sí —murmuró Fred—. Lo que soy yo en mis sueños.

—¡Cualquiera!

—¿Tenía contratado Laplace un seguro de vida?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Pura curiosidad. Por si su viuda fuera la beneficiaria.

El teléfono transmitió un gruñido de Moreau.

—Fred.

—¿Qué?

—No hablarías en serio cuando le dijiste a De Montgon todo eso de la mujer y el criado argelino.

—A medias. Es un hecho que nadie más que ellos se encontraba en la casa cuando mataron a Laplace.

—¡Tonterías! Si ambos o uno de los dos hubieran cometido el

crimen, se habrían cubierto fácilmente declarando que Laplace había recibido una visita.

—El criado lo hizo. La visita era yo.

—¡Vamos!

—¿Qué? No podían prever que la policía no se metería conmigo. El criado me dejó solo en el vestíbulo. Era una buena manera de lograr que las sospechas recayesen sobre mí, con Laplace en la habitación contigua y tiempo suficiente para pegarle una cuchillada, y hasta media docena. Una manera inteligente de sacar partido de mi inoportuna llegada. Imagina que yo no fuera quién soy.

—Está bien —refunfuñó Moreau—. Por si te interesa, De Montgon tiene encerrado en Prefectura al argelino y trata de conseguir de él una declaración.

—No me interesa. Es decir, me interesa únicamente en el sentido de que se aclaren las cosas. No quiero dar a la muerte de Laplace una importancia que quizá no tiene. No quiero suponer que su eliminación es el primer episodio de la guerra que, según referencias, va a estallar entre Parazza y Frontino, o el último episodio de la liquidación de los negocios de Jean-Pierre Arsace, o lo que cuerno sea, y que luego resulte que se lo ha cargado un africano en un ataque de rabia o una mujer que le odiaba y pretendía echarse un seguro de vida al bolsillo, o ambos en amigable complicidad. No sé si me entiendes.

—Claro que sí.

—¿Qué hay de Frontino?

—Nada todavía.

—¿Dónde se puede ver a Delacroix?

—En su despacho de la A. G. U., supongo yo. ¿Por qué?

—Adivínalo.

—Es un hombre importante, Fred. No llegarás hasta él fácilmente.

—Puede ser un hombre importante. También puede haber sido el asegurador de Jean-Pierre Arsace; de sus exportaciones de vino de matute. Y yo tengo una carta de Arsace reconociendo una deuda de quince mil pavos. Soy un hombre que intenta cobrar por todos

los medios, pulsando todos los botones.

—Como gustes, hijo.

—Mira a ver si localizas a Frontino mientras tanto. Tiene que estar en Marsella o por estas cercanías.

—Sí. Almorzaré en *Chez Marguerite* si quieres verme luego.

—Okey.

La patrona barría el fondo del pasillo.

Fred colgó el teléfono y emprendió el regreso a su habitación. La mujer seguía desafinando: *vous mon amour… vous qui toujours…*

*C'est*

*c'est*

*j'aime*

Preguntó:

—¿Quién canta abajo?

La patrona guiñó un ojo.

—¿Le gustaría conocerla? Bonita voz, ¿eh? Bonito estilo, ¿eh? Y otras cosas bonitas que usted no sabe. ¡*Monsieur* Genaro, pierde usted el tiempo!

—Lo sé —dijo él.

Empujó la puerta de la habitación.

—Las muchachas de ahí enfrente, las que trabajan en el *Oiseau Noir* me preguntaban anteayer por usted. Y Suzette, ya sabe, la que encontró usted el otro día en el cuarto de baño… *Monsieur*, pierde usted el tiempo.

—Si —dijo Fred.

Entró en su habitación, se lavó y se vistió.

Cuando volvió a salir, la patrona ya no estaba a la vista.

Fue al teléfono. Consultó la guía. Marcó el número de *Assurances Generales Unies.*

—Con el señor Delacroix.

—¿Quién le llama? —preguntó Una voz femenina; una voz educada en una escuela de secretariado.

—Frederick Genaro, de Nueva York.

—El señor Delacroix está ausente. Si tiene usted la amabilidad de indicarme el motivo de su llamada, míster Genaro…

—¿Cuándo podré encontrarle?

—Esta tarde. ¿Le espera a usted el señor Delacroix?

Una puerta próxima se abrió unos centímetros. Un mechón de

cabello castaño y el brillo característico del nylon fueron visibles por la abertura. Y un ojo.

Suzette, la que encontrara en el cuarto de baño días antes, tenía el cabello castaño.

No era leyenda lo que al otro lado del charco se contaba de las francesas.

La voz de escuela de secretariado insistió amablemente:

—¿Le espera a usted, míster Genaro?

—Me esperará —dijo Fred.

Y cortó.

Volvió la espalda a la puerta entreabierta y se marchó a la calle. Desde la escalera pudo oír todavía: *vous… vous mon amour…*

*C’est,*

*c’est*

Se tomó un café en el bar de la esquina.

Hasta la tarde. Julien Delacro IX estaría ausente hasta la tarde.

¿Y bien?

Frente al bar había una parada de taxis.

—Ciento nueve, avenida Catorce de Julio.

¿Cómo le sentaría el luto a la señora Laplace?

El taxi puso rumbo a los barrios elegantes. Otro mundo. Otra ciudad en la misma ciudad.

Fred se recostó en el asiento, encendió un cigarrillo y cerró los ojos.

¿Cómo le sentaría el luto a la glacial señora Laplace? Glacial.

¿Era glacial la palabra exacta?

Los esquimales construían de hielo sus *igloos* y vivían dentro tan calientes como en una estufa. Había volcanes bajo los hielos antárticos.

Fred sonrió.

Arrojó el cigarrillo por la ventanilla cuando el taxi se detuvo; pagó y se apeó.

En el ático con aire puro y buenas vistas, el drama había terminado. Y a la señora Laplace, que abrió personalmente la puerta, el luto le sentaba bien.

Un luto peculiar: blusa de seda negra y ajustados pantalones negros. Una gruesa pulsera de plata.

—Es usted.

—¿Le sorprende?

No parecía sorprendida, ni tampoco apenada. Glacial.

—Esperaba que tarde o temprano volvería a verle. Pase.

En la casa no había nadie.

—¿Sola?

—Pero su marido era un hombre popular. Debía de tener amigos de ambos sexos a montones. No es lógico que dejen a su viuda sola.

—Los amigos de Gaston eran suyos, no míos. Unos han venido y se han marchado, otros vendrán y se marcharán. La mayoría preferirán no verme.

—¿Por qué?

—Porque saben que yo prefiero no verles a ellos.

Había abierto la puerta de la sala de estar y conducía a Fred en línea recta hacia el diván donde la noche anterior yació muerto su marido.

El escrutó su bello rostro.

—¿Pretende que nos sentemos ahí?

Ella sostuvo su mirada y se encogió de hombros.

—No se preocupe —en su voz vibró una nota sarcástica—. No se manchará usted el traje de sangre.

—¿Nadie le ha dicho nunca que se suele respetar a los muertos?

—No recuerdo. Si alguien me lo dijo, probablemente lo olvidé.

Fred continuó andando hasta los ventanales que se abrían a la terraza. Plantas. Plantas caras y exóticas. Lujosos muebles para haraganear al aire libre.

Vuelto de espaldas, dijo:

—¿No le interesa averiguar el motivo de mi visita de anoche?

—Otra cosa me interesa más.

—¿Cuál?

—¿Por qué no se encuentra usted detenido, y sí en cambio Selim?

Fred giró en redondo calmosamente. La mujer, con los brazos cruzados, le miraba desde el centro de la habitación.

—Yo nunca había hablado con Gaston Laplace —dijo él—. No le conocía personalmente. Pero estaba y estoy muy bien informado a su respecto, y uno de mis informes indica que no eran ustedes un matrimonio feliz. Sé que usted cometió un error, que años atrás tomó a Laplace por lo que era. En Vichy. ¿No fue en Vichy donde

ocurrió, señora?

Ella frunció ligeramente el entrecejo.

—¿Eso qué importa?

—Usted era hija de una aristocrática familia de Lyon, pero su padre había muerto arruinado y su madre no concebía otro negocio que el de casar a su hija con un hombre rico. Vichy y sus balnearios parecían el lugar adecuado para tender las redes. Gaston Laplace cayó en ellas. Rumboso, relativamente joven, dinámico, con inmejorables referencias bancarias. Un empresario teatral o algo así. Relacionado sin duda con los medios artísticos e intelectuales. Brillante porvenir para una señorita de provincias cuidadosamente educada. ¿Me equivoco?

—Me aburre.

—Luego resultó que Laplace era sólo empresario de un par de «*music-halls*» de baja estofa y que su dinero procedía de la trata de blancas y el tráfico de narcóticos. Cuando usted descubrió esto y la clase de tipo que su marido era en realidad, ya estaba casada. El porvenir no le pareció entonces tan brillante.

La viuda descruzó los brazos, anduvo hacia una mesa y alzó la tapa de un estuche. Sacó un cigarrillo emboquillado. Lo encendió.

Lanzó una bocanada de humo en dirección a Fred.

—¿Todo eso tiene alguna relación con su visita de anoche, con la de ahora, con el hecho de que Selim esté detenido y usted no, o simplemente con la muerte de mi esposo?

Fred dijo lentamente:

—Estoy preparándome el terreno.

—¿Para qué?

—Para reclamarle a usted quince mil dólares.

La mujer no se inmutó.

—Ya comprendo. Un burdo intento de chantaje.

—No, no comprende. Se trata de una deuda que me corresponde cobrar. O es usted la persona que debe pagármela, o si no lo es me dirá a quién debo dirigirme.

—¿Una deuda de mi marido?

—Quizá.

Fred sacó la cartera del bolsillo de su chaqueta de cuero, y de la cartera la carta con el membrete: COMPAÑÍA EXPORTADORA ARSACE.

La tendió en silencio a la mujer.

Ella la leyó.

—Está usted loco —dijo perpleja.

Sonriendo, Fred fue a abrir el mismo estuche que ella había abierto, tomó a su vez un cigarrillo y lo encendió.

—Usted sabía, ¿no es así? que su marido estaba hundido hasta las narices en el contrabando internacional de drogas.

—Si mi matrimonio fue como usted lo describía hace un momento, no supondrá que yo estaba al corriente de los negocios de Gaston…

—Lo estaba. Por una razón: lo que más apetece usted en el mundo es dinero.

—Simples hipótesis suyas.

Fred se encogió de hombros. Sonreía aún. Fumaba plácidamente.

—Conozco el terreno que piso, señora. También yo estuve metido hasta las narices en los negocios de mandanga. Jean-Pierre Arsace, que enviaba desde Marsella lotes de cocaína, morfina y heroína ocultos en sus barricas de vino, me debía quince mil pavos cuando fui enviado a la cárcel. Ahora he salido y vengo a cobrar. Me tiene sin cuidado que Arsace y su organización sufrieran un tratamiento de matarratas. Su difunto marido, señora, era carne y uña con Arsace y le correspondía pagar por él. A usted le corresponde pagar por su marido.

—Lo ve usted muy claro.

—Es imposible verlo de otro modo.

—¿Por qué supone que mi marido hubiera pagado por Arsace?

—Porque yo tenía manera de exigirle el pago. Y la tengo de exigírselo a usted. Después de haber soportado a Laplace todos estos años, sería una pena no heredar su fortuna, porque la justicia se incautase de ella. Ni cobrar tampoco el seguro de vida. El seguro de un hombre asesinado no se paga a la persona culpable o instigadora del asesinato…

La sombra de una sonrisa vagó por los labios de la señora Laplace.

—No me diga que en este caso la culpable o instigadora soy yo.

—¿Por qué se figura que la policía retiene a su criado y trata de obtener su declaración?

—Es ridículo…

—No digo que no lo sea. Pero una criatura elemental como ese argelino sería capaz de despachar a uno o a diez hombres con su puñal berberisco si le tentaban con una buena recompensa. Y usted puede ofrecer recompensas excelentes en varios órdenes.

La mujer aplastó su cigarrillo en un cenicero La manera como lo hizo fue el primer signo de nerviosidad que Fred observaba en ella desde que la conocía.

—¿Me dijo usted anoche que se llamaba Genaro?

—Fred Genaro.

—Bien, señor Genaro. Creo que hemos ido ya demasiado lejos. Le he aguantado a usted lo que no había aguantado a nadie. Ahora hágame el favor de marcharse y olvidar sus pintorescas ideas.

—¿Prefiere capear el temporal? ¿O acaso confía en que cuando salga de aquí no llegaré con vida muy lejos?

Ella no le miraba. Insistió secamente:

—Márchese.

—Sin embargo —dijo Fred con suavidad—, tiene usted un medio sencillo de evitarse complicaciones y ahorrar dinero. Puede que no sea usted la única persona, ni la más interesada en que yo cobre mis quince mil dólares y me vuelva a América con el pico cerrado. Puede que usted sepa quién es o quiénes son esas personas. Con mucho gusto me dirigiré a ellas y la dejaré a usted en paz. He sido siempre muy atento con las damas. Y el hecho de que un sinvergüenza como Gastón Laplace sea enviado al otro mundo en nada afecta a mi sentido de la justicia. No sé si entiende usted lo que quiero decir.

Había en las pupilas de la mujer un brillo raro. Insólito. Como los resplandores de la cocina familiar de un *igloo* asomando por una ventanita en la pared de hielo; como la lava de un volcán antártico brotando del cráter abierto en la nieve.

—Es usted un hombre singular, señor Genaro.

—Singular no. En América tenía fama de buen comerciante. Es buen comerciante quien planea negocios en los que todos obtengan beneficio.

La mujer dio unos pasos por la sala de estar. Reflexionaba, Sus ojos se posaron un instante en el diván antes de volverse de nuevo hacia Fred.

—No quisiera que me interpretase usted mal, señor Genaro.

Supongamos que resuelvo facilitar su gestión y le indico a quién debe dirigirse para cobrar su dinero. Supongamos que lo sé. Si se lo digo, sería erróneo deducir que lo hago para protegerme contra sus fantásticas acusaciones. Es meramente por simpatía, porque es usted joven, extranjero y víctima de las circunstancias…

Fred rió silenciosamente.

—No deduciré absolutamente nada. No la interpretaré mal, descuide.

—En tal caso llámeme esta noche a las diez.

—¡Oh, no! Ni hablar de ello, señora.

—¿Qué quiere decir?

—Ahora o nunca. Ganar tiempo no. Esta noche a las diez puede usted estar ya a cubierto de temporales, y la manera más segura de estar a cubierto sería tenerme a mi fiambre con el cuerpo trufado de balas. Ni hablar de ello.

La señora Laplace sacudió su rubia y delicada cabeza.

—Ahora es imposible.

—¿Por qué?

—Usted pretende, según dice, que en este negocio obtengamos ambos beneficio. Yo no lo obtendré si el negocio se realiza ahora. Porque, mi querido señor Genaro —la mujer avanzó unos pasos hasta colocarse exactamente frente a Fred—, puede usted ser un buen comerciante, pero en ciertas cosas no ve más allá de sus narices. La conclusión de que yo he matado o hecho matar a mi marido, no sólo porque le detestaba, sino para heredar su fortuna, es de una lógica de colegial retrasado. Lo crea o no, yo no he matado a Gaston. Yo no le he matado. Yo no he instigado su asesinato. Yo no he ofrecido una recompensa a Selim por matarle. Y no fue Selim quien le mató.

Estaba segura. Hablaba con absoluto aplomo.

Fred trató en vano de adivinar si mentía o no mentía.

—¿Entonces?

—El motivo de que necesite un plazo hasta las diez de la noche no le incumbe. Pero sepa desde ahora, convénzase, que en lo que respecta a la muerte de Gaston no tengo nada que temer.

—¿Ha pensado en que este juego es peligroso?

—¿Lo ha pensado usted?

—Lo pienso constantemente.

—Yo también. Y mis armas defensivas son mucho más eficaces que las suyas.

El americano masculló un juramento. Un arma, le hubiera gustado disponer de un arma con que romper aquella costra de hielo invulnerable.

—Otro tanto debió de pensar su marido, señora; y si ni usted, ni Selim, ni yo le matamos, alguien se rió de sus armas defensivas y puede reírse ahora de las nuestras. Ello suponiendo que diga usted la verdad.

—La digo.

—No. Usted, Selim y el propio Gaston eran las únicas personas que se encontraban en esta casa durante el tiempo que transcurrió desde la llegada de su marido y la mía; media hora o cosa así.

—Olvida usted algo.

—¿Qué?

La llamada telefónica.

—No se apuñala a un hombre por teléfono.

La señora Laplace disimuló un bostezo con lánguido ademán.

—Le digo que olvida la llamada telefónica, señor Genaro. Volveremos a hablar de ello esta noche a las diez. Ahora tendrá que disculparme. Espero dentro de unos minutos la visita del empresario de pompas fúnebres.

—Apuesto a que guarda a su querido Gaston en el frigorífico —replicó Fred venenosamente.

—Está en el depósito judicial, si le interesa. El médico forense se habrá divertido esta mañana practicándole la autopsia.

—¿Cómo era usted antes de conocer a Laplace? —preguntó de súbito el americano.

La mujer pestañeó.

—No diga tonterías.

—¿Tonterías? Si Gaston Laplace la hizo a usted como es ahora, no merecía una puñalada: merecía cien —Fred atravesó la sala de estar en dirección a la puerta—. Yo mismo se las hubiera dado.

# CAPÍTULO V

Era un restaurante de apariencia exterior poco grata apariencia que no ahuyentaba a los conocedores. *Chez Marguerite*. La dueña, Marguerite Scribe, había bailado el *can-can* y coleccionado amantes ricos antes de meterse en negocios y echar carnes. Ahora coleccionaba únicamente sellos.

Moreau, naturalmente, despachaba una bullabesa.

—A las diez puede estar todo aclarado —le dijo Fred.

El hombre de la Interpol le miró por encima de la cuchara.

—¿A las diez de esta noche?

—Sí.

—¿Por qué este cambio de panorama?

—He llegado a un acuerdo con la viuda de Laplace.

Moreau se llevó lentamente la cuchara a la boca.

—Yo creía que tu objetivo era Juñen Delacroix.

—A Delacroix le veré esta tarde.

—La viuda —murmuró el hombre, pensativo—. No había caído en ello. Nicole Laplace puede saber mide lo que imaginamos.

—No más de lo que yo imagino. ¡Canastos! Tú conoces su historia, ¿no? Se casó por interés, y aunque descubrió demasiado tarde que se había unido a una basura humana permaneció a su lado, porque la condenada basura ganaba más dinero cada día. Laplace creció y se hinchó. Sus dos «*music-halls*» se convirtieron en tres, luego en cuatro. Luego trocó los cuatro por el *Midi-Folies* e hizo de éste la sala más importante de Francia después del *Olimpia* de París; y a fin de cuentas una tapadera para sus auténticas fuentes de ingresos. Su mujer tenía que conocer estas fuentes. Odiaba a su marido por ellas, no porque hiciese salir bailarinas y cantantes a un escenario.

Moreau sorbía la bullabesa entornando los párpados.

—Y habéis llegado a un acuerdo.

—Un acuerdo para cobrar mis quince mil dólares.

—Tus quince… ¡Oh! Entiendo.

—Ella me dirá cuál es la persona que ha de pagármelos. Yo cerraré el pico y me volveré a América.

El hombre de la Interpol rió con su áspera voz de bajo.

—Puerca jugada, Fred.

—¿Qué quieres? La persona que ha de pagarme los quince mil es el sucesor de Jean-Pierre Arsace en el tinglado, y quizá también el sucesor de Laplace, o quién se encontraba por encima de ambos. La viuda cree que dándome su nombre me cierra la boca. Necesita cerrármela para salvar la herencia de Gaston, lo mismo si ella le ha matado que si le han matado sus socios.

—Puerca jugada —repitió Moreau, divertido—. Se morderá los puños cuando vea que todo se viene abajo y sepa que es ella misma quien ha minado los cimientos. ¡Jesús! No suponía que hubiera de resultar todo tan fácil.

—Puede no resultarlo.

—¿Por qué no?

—Porque esa mujer es un vampiro, una víbora, una vejiga de veneno. Está congelada por fuera y podrida por dentro. Me la pegará si tiene ocasión. Convivir con Laplace ha matado todo lo humano que había en ella. No la culpo de ser como es, pero procuro ponerme en guardia.

Moreau había dado fin a la bullabesa. Suspiró contemplando el plato vacío.

—Todo eso me parece muy bien, Fred. Sólo tiene un fallo grave.

—¿Cuál?

—Mike Frontino vivía retirado cerca de Palermo. Hace cosa de un mes desapareció y no ha vuelto a saberse de él.

Fred tomó la botella de vino que Moreau tenía ante sí y se sirvió un vaso.

—Frontino —gruñó. Bebió un trago—. De modo que tienes noticias de Frontino…

—Tú me has puesto sobre su pista, ¿no es así? Bien pues la Interpol dice que Frontino ha caído en desgracia, que estaba relegado en Sicilia, que la maña no quería ya nada con él, que se dedicaba a cuidar su jardín y a recordar tiempos mejores. Pero ha abandonado inesperadamente su refugio.

—Para venir a Marsella, claro está.

—No lo sé. Lo que sí sé es que entre Frontino y Edgar Parazza existe una deuda de sangre. Saca tú mismo las conclusiones.

—Una deuda de sangre —dijo Fred—. Una deuda de sangre. Una deuda de sangre. ¡Cáscaras! ¿Eso qué demonio significa?

—A Tony Frontino, el hermano de Mike, lo mata ron aquí, en Marsella, Fue una historia de bajos fondos que nunca se aclaró, una de esas historias de corsos y cuchilladas. Edgar Parazza es corso. Parece que Tony Frontino, de esto hace ya varios años, intentaba abrir en Marsella un mercado para la heroína italiana con lo que los economistas llaman un *dumping*, una oferta masiva a precio reventado. Los corsos que dominaban el mercado le reventaron a él.

—¿Quién te ha dicho que lo hizo Parazza?

—Soy yo quien lo dice.

—A Parazza no se le había relacionado hasta ahora con el tráfico de narcóticos. Eso es sólo una hipótesis.

—Parazza es corso —repitió Moreau— y estaba aquí. Y ahora Frontino desaparece de Palermo, y según tú viene a hacerle la guerra a Parazza en su campo. Está solo. No tiene a la mafia detrás, porque la maña no le apoyaría en una empresa de esta clase. Y si se tratara de una empresa de la mafia y él hubiera venido como agente, con Edgar Parazza y su equipo se habría ya hecho una matanza general, prácticamente a la luz del día. Los americanos sabéis mejor que nosotros cómo, opera esa gente.

Fred asintió.

—No se trata de una empresa de la mafia. Es decir, si estás pensando en el asesinato de Gaston Laplace.

—¡Cuerno, hijo, claro que estoy pensando en eso! —exclamó Moreau, descargando una palmada sobre la mesa—. Mike Frontino ha declarado la guerra a Parazza y comienza a destruir su organización. ¿No lo ves? No se trata de una empresa de la mafia, de una disputa de mercados clandestinos, sino de una venganza personal. Frontino ha comenzado la destrucción por el punto más débil, y este punto ha resultado ser Laplace. ¿No lo ves, Fred?

—Naturalmente que lo veo.

—Bien. Entonces me pregunto qué puede saber de esa guerra la viuda de Laplace para comprometerse a negociar contigo. ¿A quién te enviará para que reclames tu dinero? ¿A los socios de su difunto

marido? ¿Está acaso aliada con Frontino para ocupar un puesto destacado en la nueva organización que se creará si Frontino triunfa?

—No sé, Moreau —admitió el americano cansadamente—. Uno puede forjar sobre eso una docena de teorías. Quizá ella no sabe nada. Quizá, simplemente, se ha cargado a Gaston ayudada por el argelino en la tarea, pensando heredar; y quizá sea cierto que pacta conmigo y traspasa mi reclamación a los socios de su marido para que yo no le cree complicaciones, porque en el fondo está asustada, y porque supone que esos tipos sabrán darme el trato más conveniente…

—¿Después de las diez de esta noche?

—Después —Fred sonrió sin alegría—. Cuando Nicole Laplace haya tomado sus medidas de precaución cuando haya prevenido a esos puntos de cuáles son mis intenciones y esté de acuerdo con ellos para enviarme de cabeza a una emboscada.

Moreau hizo una mueca. Se rascó vigorosamente el cepillo que tenía por cabello.

—Dices que esa mujer es una vejiga de veneno. Seguro que lo es. Cuida de que no te estalle en las narices.

—¿Está buena la bullabesa? —preguntó Fred.

—Sensacional.

El americano chasqueó los dedos para llamar al camarero y pedirle un plato de sopa.

¿Sensacional?

En cuestión de sopas de pescado Moreau nunca se equivocaba.

Las oficinas de la
A. G. U.
ocupaban la planta principal de un moderno edificio de vidrio y aluminio alzado en sustitución de un bloque de casas volado por los alemanes durante la guerra.

Una muchacha morena que usaba gafas, y a quién las gafas no afeaban, sonreía profesionalmente detrás del escritorio de recepción. Su sonrisa tenía el sello inconfundible de la escuela de secretariado.

Como su voz. Era ella quien había respondido por la mañana a la llamada telefónica de Fred.

—¿El señor Delacroix le espera, míster Genaro? —preguntó

nuevamente ahora—. Si no está usted citado con él mucho temo… Usted comprende…

—Me recibirá.

—Lamento…

La mirada de escuela de secretariado examinaba la cazadora de cuero, la camisa de cuello abierto, los descuidados pantalones.

—Procure que el señor Delacroix se entere de que le traigo un recado del infierno, dónde está Jean-Pierre Arsace —dijo Fred amablemente—. Procure que se lo anuncien con estas mismas palabras: del infierno.

La muchacha se ruborizó.

—Míster Genaro, no puedo decirle eso.

—Haga que se lo diga otro.

Ella titubeó, pero lo hizo. Habló consecutivamente por teléfono con dos personas. Pronunció la frase atragantándose. Obtuvo respuesta al cabo de unos minutos.

—Continúe por el pasillo, míster Genaro. Séptima puerta a la derecha. Tenga la amabilidad de esperar allí.

—Es usted un tesoro —declaró Fred.

Siguió las instrucciones.

La séptima puerta correspondía a una antesala donde, tras un escritorio, montaba guardia una secretaria de edad madura y ojos negros e inescrutables.

—Siéntese, por favor.

Fred se sentó.

La secretaria tenía flores sobre la mesa.

Se oía el tecleo lejano de muchas máquinas de escribir, y de vez en cuando voces y risas femeninas. Lo presidía todo un lujo frío e inanimado, desagradable, inquietante como la decoración de un quirófano de hospital.

Diez minutos.

Veinte minutos. Veinte eternos minutos.

Un interfono zumbó en el escritorio. Una voz dijo por el interfono:

—Que pase.

Julien Delacroix no era frío, inanimado, desagradable ni inquietante. Vestía un correcto traje gris, puntiagudos zapatos negros, camisa blanca, corbata azul oscuro. Lucía una gardenia en

el ojal. Miraba de frente. Estatura algo más que mediana, no mucho más. Rostro de facciones varoniles, enérgicas, inteligentes y un poco enigmáticas.

Al saludar apretaba con firmeza la mano.

¿Treinta y pico de años? No aparentaba más de treinta.

—Soy un hombre muy ocupado —dijo, estudiando a Fred con calculada lentitud—. Confieso que he estado a punto de no recibirle.

—Incluso el hombre más ocupado del mundo sabe lo que le conviene.

—En este caso he prescindido de conveniencias. Me he limitado a ceder a la curiosidad.

Fred avanzó y se dejó caer perezosamente en una butaca.

—¿De veras?

—No todos los días recibe uno una visita procedente del infierno.

—No, en efecto.

Delacroix jugaba pensativo con un cortapapeles. No parecía en absoluto dispuesto a asumir la iniciativa de la conversación.

Pero concluyó por preguntar:

—¿Puedo saber lo que desea usted?

En su voz había un deje de impaciencia.

—Dinero.

El cortapapeles se inmovilizó en el aire.

—Me defrauda usted, señor. Eso es vulgar. El sablazo es triste y miserable. Esperaba algo original después de un comienzo tan imaginativo.

—¿Por qué? Dirige usted una compañía de seguros. Aquí no se trata más que de asuntos de dinero: pólizas, primas, comisiones, indemnizaciones.

—Aquí sí, pero no en el infierno.

Fred, sin replicar, sacó de su cartera la carta de Arsace y se inclinó hacia adelante para depositarla sobre la mesa.

Delacroix la tomó con una sonrisa escéptica. La leyó. Su sonrisa seguía siendo escéptica cuando dijo:

—No entiendo una palabra.

—Yo no cobré los quince mil dólares que se mencionan ahí. Estaba entonces en la cárcel. Pero ahora he salido y vengo a

cobrarlos; si no de Arsace, de sus sucesores.

—Es asombroso que se dirija a mí para ello.

—Llevo en Marsella nueve días, señor Delacroix.

Tiempo sobrado para enterarme de unas cuantas cosas.

—¿Por ejemplo?

—¿Quiere realmente que entre en detalles?

—Sí.

—Yo era cliente indirecto de Jean-Pierre Arsace. Comprador de sus vinos franceses; de los vinos que servían de tapadera a sus exportaciones ilegales de narcóticos. No me enviaron a la cárcel por casualidad.

El rostro de Delacroix era una máscara impasible.

—Continúo sin entender una palabra.

—¿Será porque no tiene costumbre de tratar con contrabandistas de drogas? —preguntó Fred burlonamente.

Sonó el interfono.

Delacroix estaba tan abstraído que el zumbido le sobresaltó. Movió la clavija del aparato con el pulgar. Dijo en tono cortante:

—No me molesten. No estoy para nadie hasta nuevo aviso —cortó la comunicación y miró a Fred—. Permítame, señor, aventurar una hipótesis: tiene usted la impresión, ignoro por qué motivo, de que yo estuve de alguna manera relacionado con esas actividades ilegales que menciona y con un tal Jean-Pierre Arsace, autor de esta carta —levantó la carta y la agitó en el aire—. Si es así, lamento decirle que se equivoca. Mi negocio son los seguros. Ésta es la primera vez que oigo en este despacho hablar de contrabando de narcóticos, y la primera vez, ciertamente, que trato con un contrabandista, puesto que usted confiesa serlo. Añadiré que todo ello me inspira la mayor repugnancia.

Fred se echó a reír. Procuró que su risa sonara insultante.

—¿Qué hace usted, entonces, cuando trata con el cerdo de Edgar Parazza? ¿O cuando trataba con la hiena de Gaston Laplace? ¿Suele volverse de espaldas para no verles? ¿O acaso ellos se presentan enmascarados?

Los rasgos de Delacroix se endurecieron. Entornó los párpados.

—¿Qué insinúa usted?

—¡Insinuar! Por favor, no me haga usted reír. Tengo la boca dolorida de los golpes que anoche me dio uno de los esbirros de

Parazza para persuadirme de que mi falta de precauciones en las compras de coco podía desencadenar sobre su jefe las iras de la policía. ¡Jesús, no me diga usted que no tiene tratos con Parazza, que no los tuvo con Laplace, porque me muero aquí mismo del susto! ¡Pero si usted y Laplace andaban de la mano! ¡De la mano como hermanitos!

Delacroix estrujaba entre sus dedos el cortapapeles como si pretendiera extraerle zumo.

—Temo que sea usted víctima de una mala interpretación. O esto, o la mala interpretación está usted creándola deliberadamente para hacerme objeto del más indecente y descarado chantaje…

—¡Aguarde, no se precipite! No diga todavía que no sabía que Laplace y Parazza comerciaban en gran escala con narcóticos, o que los cargamentos de vino que Arsace embarcaba para los Estados Unidos y que usted aseguraba o simulaba asegurar —Fred disparó aquel tiro al aire convencido de que daría en el blanco—, contenían importantes partidas de drogas. Yo no le acuso a usted de nada. Todavía no, señor Delacroix.

—Empiezo a arrepentirme de haber cedido a la curiosidad de ver cómo era el hombre que afirmaba…

—¡Déjese de tonterías! Aclarémoslo de una vez, si es esto lo que le pone fuera de sí: he dicho que deseaba dinero, que pretendo cobrar los quince mil dólares que los contrabandistas de drogas de Marsella me deben; pero no he dicho, ¡fíjese! que haya venido a reclamárselos a usted.

Delacroix se echó atrás en su asiento.

Abrió completamente los ojos, los fijó en Fred, y procedió a rascarse con el cortapapeles la mejilla.

—¿Usted se llama Genaro? —preguntó.

—Fred Genaro. De Nueva York.

—Está bien. Puede que sus modales y su manera de abordar las cuestiones me hayan confundido —hablaba ahora con calmosa cortesía. Expectante—. Siga.

—Tengo poco más que decir. He venido únicamente a preguntarle a quién debo reclamar mi dinero. En cuanto lo cobre levantaré el vuelo de Marsella para no volver nunca. Con el pico cerrado, claro está.

—¿Y supone que yo sé lo que usted desea averiguar?

—Que me cuelguen si no lo sabe, ya ve lo que le digo.

—Puedo no saberlo.

—Y yo puedo abrir el pico. ¡Entendámonos de una vez por todas, cáscaras! ¡Quince mil pavos, quince miserables sábanas! ¡No pido la luna! ¡Dinero que se me debe!

Delacroix dijo fríamente:

—No discuto eso, señor Genaro. Trato de introducir en su dura cabeza la idea de que soy probablemente, de toda Marsella, la persona menos indicada para ayudarle. Y en nombre de mi reputación exijo que me diga quién le ha sugerido esa idea descabellada.

—Gaston Laplace —mintió Fred sin pestañear.

Vio una fugacísima expresión de sorpresa en el rostro impasible del agente de seguros.

—No puede ser. Menciona usted a Laplace porque está muerto y no le desmentirá.

—De cuantas personas sabía yo que operaban con Jean-Pierre —explicó tranquilamente el americano—, la única que se salvó de la matanza general decretada para cortar en seco los avances de la Interpol fue Gastón Laplace. El hecho me pareció significativo, así que cuando vine a Marsella comencé a apretarle a él las clavijas exigiéndole que pagase lo que me debía su socio. Le hice la vida un poco incómoda. Le mostré mis triunfos. Al fin se derrumbó. Me dijo que le dejara en paz, que él había renunciado al negocio, y que viniera y le pidiese el dinero a usted. Le respondí que usted se limitaría a echarme a patadas y que sin algo con que obligarle a soltar la pasta todo era inútil. Gastón derramaba lágrimas, hubiera usted tenido que verle. Pero ¿qué iba a hacer? Accedió. Acordamos que nos veríamos anoche y que él me habría allanado el camino. Precisamente anoche. Acababan de matarle cuando llegué a su casa… También este hecho me pareció significativo. ¿Qué opina usted?

Delacroix había escuchado inmóvil como una estatua.

Cuando habló, que no fue enseguida, en su voz se adivinaba la cólera intensa y vibrante como una cuerda de guitarra:

—¡Opino, Genaro, que todo eso es una sarta de embustes!

—¿Sí? ¿Quizá en lugar de a usted debería dirigirme a Mike Parazza?

—¡Quizá debería marcharse inmediatamente de aquí!

—¿O a la viuda de Laplace? ¿O quizá Gaston no ha muerto por lo que me dijo de usted, sino porque el cabeza loca de Mike Frontino ha resuelto desenterrar contra Parazza el hacha de la guerra para vengar el asesinato de su hermano?

Delacroix semejó a punto de alzarse del asiento. Desistió. Se dominó. Cerró los ojos.

Permaneció un momento así, respirando vigorosamente. Luego descargó un golpecito con el cortapapeles sobre la mesa, abrió otra vez los ojos y sonrió.

Había hiel en su sonrisa.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en Marsella, señor Genaro?

—Diez días.

—Bien, yo llevo en ella desde que nací y no he profundizado ni la milésima parte que usted en el conocimiento de los bajos fondos. Le felicito. No le tomo a mal cuánto ha dicho; me refiero a las acusaciones infamantes contra mí que se encierran en lo que ha dicho. Lo consideraré un error consecuencia de un exceso de información mal interpretada. Ahora, le ruego que se retire. Me espera esta tarde un Himalaya de trabajo.

Fred se levantó de la butaca. Se desperezó. Disimuló un bostezo golpeándose la boca con el dorso de la mano.

—Es usted terco. No ha cedido ni así.

—Por favor, no juguemos más a los despropósitos.

—Dígame por lo menos una cosa. ¿Tenía contratado Gaston Laplace algún seguro de vida del que fuera beneficiaria su esposa? ¿Un seguro importante, elevado, tentador?

Delacroix enarcó las cejas. Titubeó.

—¿Qué busca usted en Marsella, Genaro? Eso no tiene nada que ver con sus quince mil dólares.

—Yo me entiendo. Conteste.

—Sí, Laplace había contratado ese seguro. Muy importante. ¿Y qué?

—¡Continúe, hombre! Ahora ya está en vena —Fred se echó a reír—. Venga, unas cuantas anécdotas sobre sus propios negocios ilícitos. Algo divertido. Su verdadera relación con Laplace. O con Parazza. ¡Anímese!

Delacroix extendió la mano y oprimió un timbre que tenía sobre

la mesa. Su rostro había mudado súbitamente de color.

—¡Lárguese!

Fred se encogió de hombros.

—Como guste. Pero yo reflexionaría antes de echarlo todo a perder. Esto no acaba aquí, se lo aseguro.

—Puede que no. De todos modos, en beneficio suyo le aconsejo que no lo lleve demasiado lejos. Ha tomado un sesgo peligroso.

—Peligroso es la palabra exacta. Para usted, no para mí.

—Adiós, Genaro.

—Hasta la vista.

En el rostro pétreo de Delacroix los ojos eran dos brasas.

—He dicho «adiós».

Fred volvió desdeñosamente la espalda y abandonó el despacho.

Atravesó la antesala sin detenerse. Recorrió el pasillo.

Guiñó un ojo a, la muchacha del escritorio de recepción.

Luego descendió a la calle.

## CAPÍTULO VI

Las seis menos cuarto.

Había un reloj de esfera negra y números blancos entre los estantes de botellas del bar. Tenía a la izquierda una botella de crema de naranja; a la derecha, una de crema de cacao.

Fred pensó que la mezcla hubiera resultado repulsiva.

—¿Otra, amigo? —preguntó el *barman.*

Eran las seis menos diez. Fred movió negativamente la cabeza.

Edgar Parazza había dicho: «A eso de las seis».

Hundió la mano en un bolsillo de su pantalón, sacó un manojo de arrugados billetes y eligió cuidadosamente los, que necesitaba para pagar las tres copas de coñac que había bebido.

El ajenjo quedaba atrás. Ya no era necesario. Por fortuna.

Fred salió del bar, tomó un taxi y se hizo conducir al bulevar Aiguillon. Se apeó ante los escaparates del almacén de confecciones.

El lujoso edificio no era a aquella hora todavía una tumba. Conservaba un resto de la animación del día. Era posible que en algunas de sus dependencias se barajasen aún unos cuantos millones.

Fred tomó el ascensor. Cuarto piso.

El pasillo de pavimento plastificado. La puerta con el rótulo: AGENCIA MAGNUS.

Llamó.

—Hola —dijo.

Había abierto Marcel. Llevaba calada la boina. Le miraba sin expresión.

—Vaya —gruñó al cabo de un momento. Y añadió:

—Tienes agallas.

—¿Qué ocurre?

—Esto es lo que le gustaría saber al jefe: ¿qué ocurre?

—¿No me espera?

Marcel respiró hondo.

—Vamos allá.

Los dos hombres atravesaron la oficina de recepción. Todo estaba tan solitario como el día anterior. Luego atravesaron la oficina de los cuatro escritores. Por fin se detuvieron ante la puerta del despacho principal. Marcel llamó con los nudillos.

Esta vez la rubia no estaba allí.

Parazza, solo, hundido en su sillón, se limitaba a mirar al techo. Parecía cansado. La cicatriz lívida de su mejilla destacaba desagradablemente.

No se movió. No prestó a los recién llegados la menor atención.

—Aquí está el tipo —anunció Marcel.

Los ojos napoleónicos de Parazza se posaron en Fred.

—Llama a Sulpice y a Didier.

Marcel remoloneó.

—Jefe, si algo ocurre, me basto solo. Los…

—He dicho que llames a Sulpice y a Didier.

El de la boina salió.

—¿Por qué tantas precauciones? —preguntó Fred.

Parazza sacó una pitillera de oro, eligió cuidadosamente un cigarrillo, lo encendió y le apuntó con él.

—Si has tenido la desfachatez de venir, aguanta las consecuencias. Aquí no nos chupamos el dedo, camarada. Josette ha cantado. Ya puedes suponer lo que esto significa.

Fred sostuvo firmemente su mirada.

—No tengo ni la menor idea.

—¿Qué me dices de Mike Frontino? ¿Cómo está de salud?

La puerta se abrió y entraron Marcel y otros dos hombres. Uno era el que estuvo la noche anterior guiando el coche; el otro, un sujeto nervioso, alto, que movía la cabeza como una gallina al andar.

—Mira a ver si hoy trae algún juguete, Sulpice.

Fred se dejó cachear, indiferente.

—Me hablaba usted de Frontino —dijo, cuando Sulpice se apartó de su lado.

—No necesito que me lo recuerdes —la premeditada frialdad de la voz de Parazza cortaba como un cuchillo—. Es Frontino quien te ha enviado. Eres su torpedo. Le falta arranque para plantarme cara

él solo.

—¿Todo eso se lo ha dicho Josette?

—Jefe… —comenzó Marcel.

Parazza le interrumpió con un feroz ademán.

—Quieta la lengua. ¿Te gustaría ver a Josette, Genaro? ¿No te viene a gusto un diálogo con ella?

—Será un placer.

—Ve a buscarla, Didier.

Mientras el nervioso Didier salía, Fred fue a sentarse en el brazo de un sillón. Estaba sereno, pero no dejaba de vigilar a Marcel y a Sulpice, situados detrás de él.

—Basta de enigmas, Parazza —dijo—. Su escenografía no me impresiona. Sabe usted muy bien, si de veras ha hecho que Josette hablase, que yo no conozco a Frontino ni de vista. Esto fue lo que creía ella anoche, por esto me esperó ahí fuera. Trató de convencerme de que Frontino se había precipitado enviándome. Me sonó a cuento chino. Supuse que lo que quería era sonsacarme por cuenta de usted y la dejé charlar. Si ahora resulta que Frontino no es un personaje imaginario, tanto peor.

—Tú le preguntaste a Josette unas cuantas cosas.

—Y le hubiera preguntado muchas más si no se hubiese negado a contestarme. Es natural, me parece. Quiero conocer el terreno que piso.

—¿Gaston Laplace formaba parte de ese terreno?

—Gaston Laplace me importaba un pimiento. Lo único que me importa son los quince mil dólares que me debía Arsace, y Arsace era amigo de él.

Parazza se enderezó.

—Bien, y ¿qué?

Fred se dio perfecta cuenta de que, a su espalda, Marcel y Sulpice habían adelantado unos pasos.

—Cuidaba de mis intereses, eso es todo.

—Desconfío de los muchachos interesados.

—Quince mil dólares no son ninguna porquería, y más si se está sin blanca. Usted sabe eso tan bien como yo.

La puerta volvió a abrirse y Didier reapareció llevando a Josette del brazo.

Ella se mostraba tan hierática como la víspera en aquel mismo

lugar, pero tenía un ojo amoratado y un cardenal en el mentón que no había conseguido disimular con el maquillaje. Ni siquiera cuando vio a Fred se inmutó.

—Éste es el hombre, paloma —dijo Parazza, poniéndose en pie —. Ahora, recita delante de él la lección completa.

Josette no despegó los labios.

—Déjela en paz —sugirió Fred—. La chica cometió un error y lo ha pagado. Estaba obsesionada por una idea. Se tiró una plancha conmigo, pero le servirá de escarmiento.

Parazza salió de detrás del escritorio, avanzó hacia la muchacha, y, sonriendo, la abofeteó rudamente con el dorso de la mano. Los cachetes sonaron como estampidos. Didier, asiéndola por la cintura, evitó que cayera.

—¡Cerdo! —gimió ella.

Parazza se volvió hacia Fred.

—Puede ser verdad —concedió—. Esta víbora ha dicho que la tiraste de la lengua y no ha habido modo de sacarla de aquí… Pero está vendida a Frontino. Quién sabe si calla por protegerle. Y si fuera así…

—Pregúnteselo.

Parazza alzó de nuevo la mano.

—¡No! —chilló Josette.

Fred retuvo por el brazo al hombre.

—¡Cuerno, le he dicho que la deje en paz! Está suficientemente madura para contestar a todo lo que le pregunte.

—No necesito preguntarle nada —repuso Parazza, mirando al americano por encima del hombro—. Sé que Frontino anduvo haciéndole la rosca porque la creía mi punto flaco, y esperaba atacarme más fácilmente por allí, y que ella cedió y va a traicionarme si me descuido. Frontino siempre hace lo que quiere con las mujeres, especialmente con las mujeres estúpidas.

—Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Quién es Frontino? ¿Qué se propone? ¿Desbancarle a usted? ¿Matarle? ¿Se ha cargado él a Gaston Laplace?

—Entre Frontino y yo hay una antigua deuda pendiente. El trata de cobrársela de un modo u otro.

—¿Y usted se achica? ¿Por qué no le suprime? Parazza se pasó la lengua por los labios.

—No es tan fácil —y añadió de pronto—: ¿Qué sabes tú de Laplace?

—Saque a esta gente de aquí —dijo Fred, volviendo al sillón. Josette le miraba fijamente. Marcel, Sulpice y Didier se mantenían a la expectativa—. Usted y yo vamos a hablar en serio y a solas. Me he cansado de oír tonterías. Ande, despáchelos.

La sonrisa de Parazza se iluminó con una extraña luz.

—Largo —ordenó brevemente—. Tú quédate, Marcel.

Hubo un silencio mientras Didier y Sulpice se llevaban a la muchacha. Los tres hombres quedaron solos en el despacho.

—Prepara un trago —dijo Parazza.

Marcel obedeció.

—Celebro que se ponga en razón —masculló Fred.

Parazza no habló hasta que Marcel le entregó un vaso.

—Adivino lo que vas a proponerme. Me interesa.

—¿No cree ya que me envía Frontino?

—Tú mismo cuidarás de demostrar que no. Pero te advierto una cosa: Frontino está en guardia y, con una pistola en la mano, es el hombre más peligroso que he conocido. Por estos dos motivos no he intentado nada todavía contra él.

—Yo soy su tipo.

—¿Precio?

—Diez mil. En dólares.

Parazza hizo una mueca.

—No pides poco.

—Puede que Marcel se lo haga por mitad de precio. Y puede que no se atreva. Ahí es dónde le duele, ¿no?

—Quieto, Marcel —ordenó fríamente Parazza, cuando el de la boina avanzó—. El muchacho dice la verdad, no ofende a nadie. No todos tenemos las mismas aptitudes.

Fred rió.

—Lo haré con dos condiciones: primera, mil anticipados: segunda que suelte a la muchacha.

—¿Qué ocurre con ella?

—A usted ya no le sirve, y a Frontino menos. A mí me gusta. Se sentirá agradecida y nos llevaremos bien.

—Avisará a Frontino.

—No sabe nada sobre esto.

Parazza sacudió negativamente la cabeza.

—Son demasiadas condiciones. Elige entre la chica y el anticipo. Es mi última palabra.

—La chica.

—De acuerdo.

Sentándose tras la mesa, Parazza tomó el teléfono y marcó rápidamente un número.

—Edgar al habla —dijo un momento después—. No, no, nada. Sólo es que tengo aquí un muchacho dispuesto a hacer lo de Frontino por diez mil dólares. Es americano, de Nueva York, y un buen punto. Antiguo amigo de Jean-Pierre Arsace. He querido prevenirle de que le contrataré.

Hubo una pausa, durante la cual alguien, al otro extremo de la línea, debió de preguntar el nombre. Parazza añadió:

—Fred Genaro.

Y un instante más tarde se ponía pálido. La frente se le perló de sudor. Perdió todo su aplomo.

—Sí —articuló—. Sí… sí… sí… Yo no sabía…

Fred se levantó de un salto. Su movimiento pilló de improviso a Marcel, que no se daba cuenta exacta de lo que había pasado. Cuando reaccionó, era tarde. Fred le disparó un salvaje puntapié al vientre que le dobló en dos y le arrancó un aullido. Sin vacilar, aprovechando la ocasión, el americano hurgó en su chaqueta y le sacó la pistola de la funda axilar.

Parazza, con el teléfono todavía en la mano, abría atropelladamente un cajón del escritorio.




***Parazza abría atropelladamente un cajón...***

—¡Quieto! —exclamó Fred—. Voy a salir y la emprenderé a tiros con quien se me ponga por delante. Ha sido una suerte que la prudencia le haya aconsejado consultar con su patrón, Parazza. Ahora sabe que soy un mentiroso porque él se lo ha dicho. Estamos en paz: yo sé quién es él sin necesidad de que usted me lo diga.

Buenas noches.

Marcel empezaba a reponerse. Fred le descargó un nuevo puntapié en la cara, abrió la puerta y salió guardándose la pistola en el bolsillo.

«Josette, pensó. Debía llevarse a Josette».

Debía hacerlo, pero la muchacha no estaba a la vista y demorarse buscándola podía perderles a los dos.

Rehízo apresuradamente su camino a través de la oficina de los cuatro escritorios y del despacho de recepción.

Josette no estaba a la vista. Nadie estaba a la vista.

Parazza no había dado la alarma.

No la dio. Fred se encontró en la calle sin que nadie hubiera opuesto obstáculos a su fuga.

Llamó a Moreau desde una tabaquería.

—Iba a salir en este momento —le dijo el hombre de la Interpol.

—¿Para qué?

—Para cenar. Y para ver cómo anda lo de Frontino.

—¿Qué pasa con Frontino?

—Le están buscando por toda la ciudad. Ordenes mías.

—Déjalo.

—Hijo, yo sé lo que debo hacer.

—Te digo que lo dejes. Parazza ha optado por quitarse ante mí la careta. Tenías razón: hay entre él y Frontino una deuda de sangre, y a Parazza se le hiela de miedo el sudor pensando en que ha de pagarla en cualquier momento. Pero esto no importa. Lo que sí importa es que él maneja realmente el mercado de narcóticos.

—¿Desde la cumbre?

Fred acarició el teléfono con los dedos.

—En la cumbre está Julien Delacroix.

Oyó gruñir a Moreau.

—Todo se ordena como un tablero de ajedrez, ¿eh? Muy bien ordenadito. Pero lo que necesitamos son pruebas con que condenar a esos pájaros, o testigos capaces de hundirles cuando se celebre el juicio contra ellos. ¿Tienes buen surtido de esas mercancías? ¿Has pensado en que Delacroix es aquí un ciudadano prominente?

—Vete al diablo —dijo Fred—. Les he obligado a él y Parazza a renunciar al incógnito y salir a luchar a la calle. Tengo una idea. Si da resultado, dispondremos de por lo menos dos testigos. Bastarán.

—Cuidado con tus ideas. ¿En qué consiste?

—En tentar la codicia de una mujer.

—¡En pinchar una vejiga de veneno para que te estalle en las narices! ¡Seguro!

Fred rió.

—Creo que tengo el antídoto preparado.

—¡Oye! —exclamó Moreau.

Pero él colgó el teléfono.

Se aproximó al mostrador y compró un paquete de *Gauloises*. Abrió el paquete. Encendió un cigarrillo.

Con el cigarrillo entre los labios buscó en la guía telefónica el número de Gaston Laplace.

Volvió al teléfono y marcó el número.

—Diga —respondió una voz de hombre.

—Con la señora Laplace.

—No está —respondió la voz ásperamente.

La comunicación fue cortada. Nada más. Cortada en seco.

Fred salió a la calle y terminó de fumar el cigarrillo contemplando distraídamente la hilera de coches que circulaba por la calzada.

¿No estaba?

La idea era buena. A las diez de la noche, Nicole Laplace le hubiera brindado un nombre y la posibilidad de cobrar quince mil dólares a cambio de su silencio. Si en aquel momento supiera que su fortuna iba a desvanecerse, ¿qué le brindaría?

Había que establecer un nuevo acuerdo, ahora basado en la verdad. Fred estaba seguro de que si se le permitía salvar su dinero, la viuda de Laplace contri huiría gustosamente a aniquilar a la ralea del hombre que había hecho de ella lo que era. Tenía que ser así.

Tenía que serio, en particular porque si se negaba el tinglado terminaría por hundirse de todos modos y la arrastraría consigo.

Nicole Laplace era lo bastante lista como para comprender esto y otras cosas menos evidentes.

Pero no estaba en casa.

¿No estaba?

Fred arrojó la colilla de su cigarrillo y anduvo hasta encontrar un taxi.

—Ciento nueve, avenida Catorce de Julio.

¿A quién pertenecía la voz de hombre?

Nicole Laplace había exigido un plazo hasta las diez de la noche. ¿Para hacer qué? ¿Para hablar con quién? ¿Para resolver qué asunto?

¿Para tenderle o no una trampa a él?

El taxi se detuvo.

Piso ático.

Apenas hubo salido del ascensor vio Fred la puerta abierta.

Sintió un extraño calor dentro de sí. Echó a correr. Cuando entró en el apartamento llevaba en la mano la pistola que le había arrebatado a Marcel.

Pero en el apartamento no había nadie.

La viuda de Gaston Laplace no era ya nadie. Yacía en la sala de estar donde había muerto su esposo, junto al umbral de la puerta, con los pies asomando por ésta y visibles desde el vestíbulo.

La habían matado a balazos. Tenía uno en la rubia cabeza, y otro, o dos, o acaso tres en el cuerpo. Fred no se molestó en averiguar el número exacto.

Cogió un jarro de cristal de encima de una mesa y lo estrelló furioso contra la pared.

# CAPÍTULO VII

El inspector Fouquet examinaba los papeles del escritorio.

—Para esta casa debe de ser usted una especie de agorero de muerte —dijo el comisario De Montgon—. Para mí puede que lo sea también. ¿Tiene esta vez alguna historia de conflictos domésticos preparada?

Fred fijaba la mirada en las manos del inspector.

—¿Dónde está el argelino? —replicó.

—En Prefectura. Lo siento por usted. Es…

—Es una suerte.

—¿Por qué?

—Porque allí es difícil que le alcancen las balas.

De Montgon dio un respingo.

Fouquet levantó la cabeza. Sus manos soltaron los papeles y se inmovilizaron.

—¿Habla usted en serio?

—¿Por qué cuerno no habría de hablar en serio? ¿Ha declarado algo ese hombre?

—Infinidad de cosas. Todas coinciden en lo mismo: usted mató a Gaston Laplace.

—¡Comisario, por favor!

—Usted me ha hecho una pregunta. Yo la contesto. Fouquet carraspeó.

—Señor comisario, el señor Genaro parece sugerir que Selim Fassak se encuentra en peligro de muerte.

—¡Santo Dios! —exclamó De Montgon, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Te figuras que no tengo oídos, hijo? ¿O que no entiendo lo que oigo?

—Soy yo quien no lo entiende —confesó modestamente el inspector.

De Montgon miraba sombrío a Fred.

—Estoy harto de este asunto, harto desde el mismísimo principio. No tengo nada que ver con él. Es de la incumbencia de la Interpol y de ustedes los norteamericanos, no de la Brigada Criminal de Marsella. Interrogar al argelino por el asesinato de Laplace es tan eficaz como utilizar un cuévano para sacar agua de un pozo: la muerte de la mujer lo demuestra bien a las claras. ¡Por Santa Juana! ¿Voy a comprometer mi prestigio y el de mis hombres empantanándome en una historia con nombres como los de Gaston y Nicole Laplace? ¿Voy a consentir que toda la ciudad hable de mí, sabiendo como sé que nunca capturaré a su asesino? ¡Oh, no! ¡Le aseguro que no, señor Genaro!

Por la puerta abierta y a través del vestíbulo se veía a los funcionarios de Prefectura haciendo su trabajo en la sala de estar.

—Muy bien —dijo Fred—. Retírese dignamente. En la historia habrá otros nombres más sonoros aún que los del matrimonio Laplace. El de Julien Delacroix, por ejemplo.

De Montgon se revolvió y cerró la puerta de un manotazo.

—¿Julien Delacroix?

—Sí.

—¿Pretende usted que un hombre como Delacroix represente en esta segunda parte del caso el papel que Selim Fassak ha desempeñado en la primera?

—Me limito a ponerle en guardia.

El comisario apartó a Fouquet de su camino y fue a sentarse detrás del escritorio. Torcía la boca, pensativo.

—Me han dicho que Moreau le ha pedido al prefecto unos cuantos agentes especializados en la represión del tráfico de narcóticos y que está buscando con ellos a un italoamericano llamado Frontino. Otro Frontino murió asesinado aquí años atrás. Supongo que el resultado de todo esto será que ustedes prepararán un coctel con *gangsters* extranjeros, directores de compañías de seguros, empresarios de «*music-hall*» y viudas agraciadas para servirlo al público y aumentar la tirada de los periódicos sensacionalistas.

—Olvida un ingrediente —señaló burlonamente Fred—: Agentes de espectáculos como Edgar Parazza.

De Montgon guardó un breve silencio. Reflexionaba. La mención de Parazza le había hecho enmudecer.

Al fin preguntó con recelo:

—¿Por qué ha dicho que el argelino corre peligro?

Fred se encogió de hombros.

—En este momento la situación, según lo que hemos podido deducir desde anoche, es la siguiente. Ya sabe usted que Arsace y sus exportaciones de vino, desenmascarados por la Interpol y por nosotros, fueron eliminados antes de que arrastrasen en su caída a los verdaderos responsables del contrabando de drogas. Pero la organización central subsiste, y Laplace trabajaba en ella, y trabaja Parazza, probablemente explotando el mercado local. Una confidencia, nos permitió suponer que Julien Delacroix, asegurador y capitalista de Laplace, de Parazza y sin duda también de Arsace, está relacionado con el negocio. Los hechos parecen haberlo confirmado esta tarde. Yo he visitado a Delacroix: hemos tenido una entrevista borrascosa. Poco después ofrecía mis servicios a Parazza, y éste ha consultado por teléfono con una persona y le ha dado mi nombre. La persona ha reaccionado al instante de tal modo que Parazza se ha lanzado contra, mí, y únicamente Delacroix entre mis escasas relaciones en Marsella es susceptible de provocar semejante reacción. Ha sido una coincidencia afortunada —Fred sonrió amablemente—. Tal es en esquema la historia que aumentará las tiradas de los periódicos cuando Moreau y yo terminemos nuestro trabajo.

El comisario, apoyado de codos en el escritorio, fruncido el entrecejo, unía y desunía las manos.

—¿En esa historia ha de encajar el asesinato de Laplace y su mujer? —inquirió—. ¿De qué modo, señor Genaro? ¿Tal vez porque ambos han sido suprimidos por las mismas razones que determinaron la aniquilación de Arsace y sus cómplices?

—En esta ocasión hemos tomado las más extraordinarias precauciones para que no se sospechase que la Interpol y nosotros estábamos de nuevo siguiendo la pista. Nadie podía saber que teníamos el ojo puesto en Gaston Laplace.

—¿Entonces?

—Hay otra historia paralela a la que le he contado. Usted ha hablado de los hermanos Frontino. En efecto, años atrás vino a Marsella Tony Frontino con la pretensión de conquistar el mercado de drogas que tenían controlado los contrabandistas corsos. Tony

dejó la piel en el intento, y todo indica, e incluso él lo ha reconocido indirectamente ante mí, que el jefe de aquellos contrabandistas y el hombre que le paró los pies en seco fue Edgar Parazza. Actualmente, el hermano de Tony, Mike Frontino, que vivía retirado en Palermo, deportado de los Estados Unidos y repudiado por sus antiguos amigos de la mafia, ha venido a Marsella con un propósito semejante al de su hermano, pero además con la intención de ejecutar en Parazza una venganza de sangre, Edgar Parazza lo sabe y le teme. Esta misma tarde estaba dispuesto a pagarme diez mil dólares y a cederme su rubia a cambio de que me cargase a Mike Frontino.

—¿Parazza le ha ofrecido eso?

—Sí.

—¿Se refiere usted a Edgar Parazza, el agente de espectáculos?

—Un caballero respetable, ¿no es así?

De Montgon hizo una mueca.

—Continúe.

—Nada más. Salvo que puede ser Frontino quien haya matado primero a Laplace y luego a su esposa.

—Pero usted dice que de quien pretende vengarse es de Parazza.

—Exacto. Gaston Laplace era un miembro de la organización de que Parazza forma parte; probablemente el miembro más débil. Frontino quiere destruir la organización y la ha atacado por dónde ha podido. Es el comienzo de la guerra.

—¿Y el asesinato de la mujer?

—Yo creo —dijo Fred calmosamente— que Nicole Laplace sabía quién había matado a su esposo. Ella odiaba a Gaston y su muerte no le reportaba más que beneficios, así que no tenía interés ninguno en que el asesino fuera castigado. Pero sí lo tenía en sacar provecho de su silencio.

El comisario abrió la boca.

—¡Un chantaje! —exclamó Fouquet antes que él. Fred movió afirmativamente la cabeza en dirección al inspector.

—Así parece. Yo he visitado a Nicole Laplace esta mañana con el pretexto de que los traficantes de narcóticos me debían quince mil dólares, dinero que había pensado cobrar de su marido. Ella se ha visto amenazada. Ha visto que yo podía desencadenar un escándalo que volatilizaría la fortuna de Gaston. Creo que ha estado a punto

de pagarme de su propio bolsillo, pero se le ha ocurrido otra cosa mejor: revelarme la identidad de los socios de su marido y enviarme a ellos para que nos fuéramos al cuerno juntos. Es decir, ha resuelto fingir que pactaba conmigo para, mientras tanto, pactar realmente con el asesino de Gaston, ponerse de su lado, ayudarle a apoderarse de la organización y, todo ello a cambio de no delatarle, ocupar en la nueva organización un puesto destacado Entonces me ha exigido de plazo hasta las diez de esta noche. Necesitaba tiempo. El resultado ha sido que el asesino de Gaston ha considerado más seguro, cuando ella le ha expuesto sus planes, matarla que aceptarla como colaboradora. ¿Cómo no iba a considerarlo así? Nicole estaba atontada por la codicia. Los millones y las oportunidades que le llovían encima apenas verse libre de Gaston la mareaban. Pensaba disponer de poderosas armas para defenderse —Fred señaló en dirección a la sala de estar—. Ahí tiene lo que queda de ella.

De Montgon y Fouquet miraron hacia la puerta involuntariamente.

—Usted acusa, pues, a Mike Frontino del crimen —dijo el primero.

—Es una hipótesis.

—Con el mismo fundamento podría acusarse a los socios de Gaston. Costaría poco explicar que la han matado, bien porque se había aliado previamente con Frontino y consentido el asesinato de su esposo, bien porque sus exigencias resultaban demasiado ambiciosas.

—Quizá el argelino nos lo diría —sonrió Fred.

Hubo un silencio.

—Conozcamos lo que piensa de él —sugirió el comisario.

—Pienso dos cosas. Una, que fue Selim el ejecutor material del asesinato de Gaston; por encargo de Frontino, naturalmente. Otra, que no intervino en el crimen pero sabe quién es el asesino.

—¿Y por qué no lo ha declarado?

—Porque Nicole le hizo ver las ventajas de la situación y le ofreció una enorme recompensa si callaba.

—Cuatro cosas —dijo secamente De Montgon.

—¿Cómo?

—Anoche afirmaba usted pensar que Selim había matado a Laplace, o que le había matado la mujer y el argelino la encubría.

Son cuatro cosas. Y a pesar de cuanto acaba de contarme, las dos de ayer no quedan descartadas. Pueden ser tres las historias que interfieren en este asunto: la del tráfico de narcóticos, la de la venganza de Frontino y la de los conflictos conyugales de los Laplace.

—O dos nada más.

—O una —concluyó el comisario.

Fred asintió.

—Existe una manera de averiguarlo.

—¿Seguir interrogando a Selim Fassak?

—No. Decirle que la señora Laplace ha muerto, que ya no hay motivo para retenerle, y ponerle en libertad.

De Montgon se restregaba los nudillos de una mano en la palma de la otra.

—Ponerle en libertad y seguirle los pasos —aventuró.

—Sí.

—Usted especula con que, conociendo la identidad del asesino. Selim correrá a hacerse pagar lo que sabe.

—A hacerse matar como Nicole —rectificó Fred—; pero de que nos conducirá al asesino estoy casi seguro.

El comisario titubeó.

—Puede intentarse. Pero no seré yo quien lo intente. Le he dicho al principio que este asunto no es de mi incumbencia. Ahora lo sostengo.

—¿Y qué?

—Yo soltaré al argelino, conforme. Usted se ocupará del resto, si quiere; y si no quiere se ocupará el diablo.

—Está usted loco.

—No es la primera vez que me lo dicen —De Montgon se alzó de su asiento—. Fouquet, hijo, termina aquí con los trámites y llama a Gallifet o a Banville, de Narcóticos. Comunícales que contarán con excelentes colaboradores de prestigio internacional para resolver este embrollo. ¿Qué película han estrenado en el «Château»?

—«Amantes de mayo» —dijo el inspector.

—Gracias.

Fred interceptó el camino del comisario.

—Hemos hablado de soltar al argelino, si no me equivoco.

—A eso voy.

—Ni hablar.

—¿En qué quedamos?

—No hasta que Moreau lo sepa y pueda ocuparse de él.

—¿Por qué no se ocupa usted?

—Porque tengo otro trabajo.

De Montgon se echó a reír.

—¿Por quién me toma usted, señor Genaro? Naturalmente que no soltaré a Selim hasta que ustedes me lo indiquen. No soy el policía vendido al dinero de los traficantes de narcóticos que usted imagina; eso en América, aquí no. Dejaré en Prefectura las instrucciones oportunas para que usted o Moreau dispongan del argelino a su antojo. Si para algo me necesitan me encontrarán en el «Château». «Amantes de mayo» parece un título sugestivo.

Abrió la puerta.

—Está usted loco —repitió Fred.

—¡Oh! —exclamó el comisario desde el vestíbulo—. Y buena caza, lo olvidaba. Buena caza y mejor suerte.

Fouquet carraspeó.

—Ésta es la cuestión, señor Genaro —dijo.

Fred hizo como si no le oyera. Se aproximó al escritorio, levantó el teléfono y comprobó por el zumbido característico que el aparato estaba conectado.

Marcó un número.

—Con Moreau.

—¡Moreau, Moreau, Moreau! —exclamó la voz malhumorada—. ¡Siempre Moreau! Bueno, pues salió hace rato.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—No lo sé. Ni me importa.

Fred cortó la comunicación y miró a Fouquet.

—¿Tiene usted manera de localizar a Moreau a través de los hombres que han sido designados para colaborar con él?

—¿Los de Narcóticos?

—Sí.

—Veré, señor Genaro.

El inspector tomó el teléfono. Hizo cinco llamadas consecutivas. Luego otras dos.

Ninguna dio resultado.

—Está bien —dijo Fred.

Saludó con la mano al policía y salió al vestíbulo.

Antes de abandonar el apartamento lanzó una mirada a la sala de estar. Vio en primer término los pies de Nicole Laplace. Más allá, los funcionarios de Prefectura se movían con aire aburrido.

La viuda había tenido armas eficaces. Allí estaba.

Sacudió la cabeza y se marchó.

Veinte minutos después se encontraba ante el escaparate que simulaba la terraza de un bar, donde los maniquíes masculinos fijaban sus ojos de cristal en un maniquí femenino. A su espalda discurría el tránsito de la avenida Catorce de Julio.

¡Armas eficaces!

Tanteó en su bolsillo la pistola que perteneciera al hombre de la boina. Una pistola podía ser un arma eficaz. Podía serlo para forzar la baza que en aquel momento se le había hecho ya imprescindible.

Una de tantas bazas. Se necesitaban muchas de ellas, demasiadas a veces, para ganar una partida…

Una sonrisa rara, nostálgica, flotaba en los labios de Fred cuando entró en el edificio tranquilo y lujoso como una tumba.

Tomó el ascensor.

No estaba ni remotamente seguro de que fuera aquello lo que debía hacer y aquél el lugar a dónde debía dirigirse. Era una prueba. Un tiro al azar.

Con suerte, los tiros al azar daban también en el blanco.

No dio en el blanco.

Su llamada a la puerta de la Agencia Magnus no obtuvo respuesta. Insistió vanamente. No la obtuvo.

Edgar Parazza y sus hombres se habían marchado. Con Josette.

¿A dónde?

Nunca el suntuoso edificio se había parecido tanto a una tumba como en aquel momento.

En la gramola tragaperras de la sala del fondo cantaba Yves Montand, pero casi no se le oía. El bar estaba lleno de gente. Corrían el vino, el ajenjo y los aperitivos baratos.

Se discutían las bajas de Argelia, los goles del Stade, los cohetes rusos y, sobre todo, la huelga de estibadores.

Moreau no estaba.

Fred le aguardó ante un coñac doble, sintiendo el ardor del alcohol en su estómago vacío, consumiéndose de impaciencia.

El hombre de la Interpol no apareció.

Las discusiones se apagaron progresivamente, el bar fue vaciándose, la gramola cesó de sonar.

Fred llamó por teléfono al domicilio de su compañero y a Prefectura. Dejó aviso del lugar donde se encontraba. Continuó esperando.

Moreau apareció al fin. Se abanicaba con un ejemplar doblado de
*L’Humanité.*

—Hola —dijo cansadamente. Desplegó el periódico, se apoyó en el mostrador y pidió una cerveza—. ¿Qué pasa?

Fred suspiró. Preguntó a su vez:

—¿Y Frontino?

—Sigue siendo un fantasma.

—¿Has hablado con De Montgon? ¿Sabes lo que él y yo hemos acordado?

—Sé solamente que han apiolado a la viuda. La noticia me ha dado mucho que pensar…

—Moreau, no hay tiempo que perder —dijo Fred con aspereza —. El argelino tiene forzosamente que saber quién ha matado a Gaston y a Nicole. Mi idea es que guarda silencio porque la mujer de Laplace, sabiendo lo mismo que él sabía, le convenció del gran negocio que es cerrar la boca en una situación así. Si a Selim le ponen en libertad, intentará beneficiarse sólo de ese negocio. Ya entiendes lo que esto significa.

Moreau había escuchado con la mano tendida hacia el vaso de cerveza, sin llegar a tocarlo.

—Cuerno —murmuró.

Había entendido.

—El argelino, por lo tanto, debe ser soltado inmediatamente. Tú y los hombres de que puedas disponer os ocuparéis de no perderle de vista.

—Así que por eso ha muerto Nicole: una indigestión de codicia. Pero ¿cómo sabían ella y el criado quién asesinó a Gaston?

—Es posible que le asesinara el propio Selim, pagado por alguien, quizá Frontino; no lo sé. De lo contrario, no cabe más que una explicación: el asesino anunció por teléfono su visita a Laplace, éste le abrió la puerta antes de que hiciera sonar el timbre, y el

visitante le apuñaló y emprendió tranquilamente la retirada. Si ocurrió de este modo, Selim y la mujer, o por lo menos él, escucharon la conversación telefónica por uno de los aparatos adicionales. También es posible que el visitante llamara realmente a la puerta, que Selim le abriese, y que luego…

—No —atajó Moreau—. Ya veo. Fue el norteafricano quien cometió el crimen. Es lo lógico, lo natural. Alguien le pagó por ello. Nicole, por supuesto, se cruzaría de brazos y le dejaría hacer.

—¿Y Frontino soltó la pasta? ¿Tú crees? ¿Es él quién está detrás de todo esto?

El hombre de la Interpol se llevó el vaso a los labios y apuró la cerveza sorbo tras sorbo, sin casi respirar.

Luego dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo.

—Soltaremos a Selim y él nos dará la respuesta exacta. Me gusta la idea. Vámonos.

—Yo no —dijo Fred.

—¿Por qué tú no?

—Porque Parazza está esperándome.

—Pero tú y él…

—Me espera sin saberlo.

Moreau escrutó atentamente el rostro del americano.

—¿De qué demonio hablas?

—Dime dónde vive. Dime dónde puedo encontrarle a esta hora.

—¿Estás chiflado? ¿Para qué necesitas a Parazza a estas alturas?

—Una partida no se gana con una sola baza. ¡Moreau, haz lo que te pido!

—¿Cuál es tu baza de reserva? ¿Acaso una mujer?

—Acertaste —dijo plácidamente Fred.

—¡Ni sueñes con semejante tontería! ¡Vámonos!

—No.

Moreau guardó un instante de ceñudo silencio.

Luego se encogió de hombros y pagó la cerveza.

—No sé dónde vive Parazza —gruñó—. No sé dónde encontrarle. Pero aguarda aquí y te lo diré por teléfono dentro de un rato.

Se marchó.

Fred aguardó ante su cuarto coñac doble.

—Vive en el número veinte del paseo Voltaire, en La Charité,

junto al mar —le dijo la voz hosca del hombre de la Interpol a través del hilo telefónico algún tiempo después. Y añadió—: Supongo que la Embajada americana pagará gustosa el traslado de tu cadáver al cementerio de tu pueblo…

Fred no dijo ni que sí ni que no.

Colgó el teléfono, pagó lo que había bebido y salió a la calle.

Las luces del alumbrado público estaban envueltas en sendos halos de humedad.

Un poco de niebla. La detestable niebla de Marsella.

## CAPÍTULO VIII

No era una casa corriente en una calle corriente.

El paseo Voltaire corría paralelo al mar. Era en realidad una carretera costera, al borde de la cual se alzaban acá y allá, aisladas, grandes villas de recreo, antiguas en su mayor parte.

A cierta distancia se agrupaban las frívolas luces de La Charité: cafés, bares, cines, salones de baile y establecimientos comerciales para clientes ricos.

Cuando se percató de la naturaleza del lugar en que se encontraba, Fred ordenó al taxista que se detuviese y le despidió.

Continuó a pie.

El número veinte del paseo correspondía a una finca rocosa, estudiadamente agreste, sembrada de cactos, plantas exóticas y palmeras. La casa se alzaba apartada, dominando el mar sobre un ligero cantil, y había sido construida en el horrible estilo morisco que estuvo de moda sesenta o setenta años antes.

Probablemente había Parazza adquirido aquel monumento de mal gusto creyendo que compraba una solera de respetabilidad. Fred pensó en ello mientras desde el paseo, a la luz de las airosas farolas de éste y de las dispuestas en el interior del jardín, contemplaba los detalles principales del conjunto.

Fuese o no el propio Edgar Parazza, en la casa había alguien. No sólo lo indicaban las luces del jardín, sino también las que brillaban en las ventanas del edificio. No se advertía ningún signo amenazador. La cerca no era una defensa, sino un adorno. No se veía a nadie, ni siquiera un perro.

Fred no había trazado planes de antemano.

¿Para qué?

Inmóvil en la acera miró paseo arriba y paseo abajo. Desierto. Ni un alma. Ni una sombra.

Circulaba algún que otro coche, pero muy pocos, muy

espaciados.

Echó a andar para apartarse de la zona que las farolas iluminaban, y cuando estuvo fuera salvó de un ágil salto la cerca y se encontró en el interior del jardín.

Entonces comenzó a tomar precauciones. No olvidaba el estado de ánimo en que había dejado a Edgar Parazza aquella tarde: furioso, excitado, asustado ante la idea de que Frontino pudiera intentar algo contra él; dispuesto a pagar a cualquier extraño lo que pidiese con tal de que le librase del peligro.

¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Sólo porque Mike Frontino era hábil con la pistola?

También debió de serlo su hermano Tony, y los corsos le despacharon sin pestañear. E igualmente Jean-Pierre Arsace, o por lo menos sus acólitos. Y tantos otros como debían jalonar la historia del *racket* de las drogas marsellés. Un mercado de narcóticos no se montaba y sostenía con cortesías versallescas.

¿Y bien?

El hecho era que Parazza estaba asustado. Un hombre asustado no dejaba su casa, una casa aislada, rodeada de jardín, sin guarnecer. No se retiraba sin adoptar precauciones.

Ponía guardianes, centinelas, señales de alarma. Tendía trampas.

Fred consideraba esto, se lo repetía a cada paso que daba deslizándose de sombra en sombra entre rocas y plantas. Su mano tocaba constantemente la pistola.

Se detuvo.

La casa, el feo palacete moro, estaba a pocos metros. En la pared que formaba ángulo con la que tenía delante había varias ventanas iluminadas, pero no alcanzaba a distinguir el interior de las habitaciones.

Aventurarse más allá significaba salir enteramente al descubierto.

Bien, ¿qué era de las trampas y los guardianes?

¿Por qué no aventurarse, a fin de cuentas?

—Abra el pico y le achicharro —susurró alguien detrás de él. Un objeto duro le oprimió los riñones simultáneamente—. Le advierto que estoy dispuesto a todo.

¡Ya había ocurrido!

La voz susurrante habíase expresado en pésimo francés, pero no

cabía duda de que el objeto duro era un arma.

Fred puso todos sus músculos en tensión.

Titubeó.

—No pienso abrir el pico —dijo finalmente—. Vamos a ver a Parazza. Tengo algo que contarle. Algo que le gustará oír.

El susurro fue una risa sarcástica.

—Muy bien. Muéstreme el camino.

—¿Yo?

—Amigo, no es la primera noche que vengo aquí Lo he visto todo, lo he estudiado todo. Esperaba ansiosamente esta ocasión. Sé de sobra lo que pasará si me acerco demasiado a la casa sin la protección de uno de ustedes.

—¡Jesús! —exclamó Fred atónito—. ¿Quién es usted?

—¿Quién supone?

—¡Mike Frontino!

—El mismo. Ahora ya sabe lo que le espera. ¡Andando!

—Aguarde… Yo no puedo conducirle a la casa. ¿No comprende? Soy un intruso como usted. Soy…

—He dicho que andando.

—Es inútil.

La voz murmuró un largo juramento en italiano.

—Conforme —concluyó roncamente.

Fred presintió algo.

Un golpe, un tiro. Algo.

Se volvió y vio descender una pistola sobre su cabeza. Tuvo apenas un atisbo de un hombre alto, vestido de negro, cuyos ojos ardían en la oscuridad.

Saltó, pero no pudo evitar el impacto del arma. No enteramente. El impulso le llevó a unos pasos de distancia, y rodó por el suelo medio aturdido, provocando en una pendiente un pequeño alud de tierra y piedras. Le detuvieron con dolorosa brusquedad las palas espinosas de un cactos.

Por unos momentos flotó entre la conciencia y el sueño.

Cuando se recuperó sonaban muy cerca gritos y disparos. Habían aumentado el número e intensidad de las luces.

Se puso trabajosamente en pie. La cabeza le zumbaba. Su desesperado movimiento había hecho que la pistola, al golpear, resbalase por un lado de su cráneo y le dañara también el cuello y

el hombro.

Respiró hondo y miró hacia la casa.

Mike Frontino, alto, flaco, enlutado, siniestro, había conseguido salvar la franja de terreno libre y refugiarse en el hueco de una de las ventanas árabes de la planta baja. Estaba momentáneamente sitiado allí. Se le veía forcejear para abrir la ventana e introducirse en el edificio.

Dos intensos focos de luz se habían encendido en la pared a la altura del primer piso. Desde sendas ventanas de este dos hombres armados de metralletas cruzaban sus fuegos rozando materialmente a Frontino, aunque imposibilitados de atinarlo debido a su posición en la concavidad por debajo de ellos.

Protegiéndose los ojos con la mano para no deslumbrarse, Fred descubrió a otros hombres en otras ventanas. Tres. No disparaban. No intervenían. Esperaban. Podían permitirse este lujo.

No cabía duda de que Frontino conseguiría destrozar la ventana y entrar, pero solo, apenas cruzase el alféizar, para caer acribillado. Otros hombres invisibles desde el exterior podían también permitirse el lujo de esperarle con las armas prestas en la habitación a que aquella ventana daba acceso.

Parazza saborearía el triunfo. Su miedo había sido infundado.

¿Sí?

Fred comenzó a desplazarse entre rocas y matorrales, a rodear la casa alejándose del escenario de la lucha.

¿Miedo infundado?

En la fachada opuesta, como en todas, estaban encendidas algunas luces adicionales. Acababa Fred de llegar al ángulo que aquella fachada formaba con la principal cuando vio abrirse la puerta de la casa y salir a dos hombres que, pistola en mano, se dirigieron hacia la esquina desde donde era visible la ventana que servía de refugio a Frontino.

El tiroteo arreciaba allí.

La puerta había quedado abierta.

Dos hombres. No salió nadie más.

¡Miedo infundado!

Fred sintió ganas de reír cuando, después de haber atravesado impunemente la franja de terreno despejado, se encontró en el umbral de aquella puerta con el paso franco hacia el interior de la

casa.

Entró.

Muebles antiguos, incómodos y de pésimo gusto.

Nadie.

Por las grandes y feas vidrieras de una sala salía una romántica música de violines. Su contraste con el inmediato rugido de las metralletas era estremecedor.

Fred sacó la pistola y anduvo hacia allí.

Tranquilo, frío, elegante, Edgar Parazza se hallaba en el centro de una gruesa alfombra, alta la cabeza, aplicando a la punta de un cigarrillo la llama de un encendedor.

Fred sacó la pistola y anduvo hacia allí.

Tranquilo, frío, elegante, Edgar Parazza se hallaba en el centro de una gruesa alfombra, alta la cabeza, aplicando a la punta de un cigarrillo la llama de un encendedor.

Él tenía su música. Mike Frontino, en el incómodo hueco de la ventana árabe que sería su sarcófago, tenía la suya.

Perfecto.

Josette estaba acurrucada en un sillón, con el rostro oculto entre las manos y el rubio cabello revuelto. Sus piernas eran lo que más se veía.

Sus piernas.

—Lamento molestarle —dijo Fred. Parazza se estremeció—. No se asuste, yo no soy Mike Frontino. Vengo únicamente en busca de la chica.

Josette saltó del sillón, pero acto seguido quedó inmóvil como una estatua.

El hombre posaba en Fred sus napoleónicos ojos. Muy abiertos. Se leía en ellos la más absoluta incredulidad.

—¿Usted? —articuló.

El tiroteo no había cesado aún.

—Yo mismo. Agente Frederick Martin Genaro, de la Tesorería de los Estados Unidos, Oficina de Narcóticos. Vámonos de aquí, Josette.

—¡Usted! —chilló Parazza. Enrojeció. Un destello de cólera borró la incredulidad de sus ojos—. ¡Un policía americano! ¡Usted!

Josette caminaba como una sonámbula a través del salón.

—¡Deprisa! —la conminó Fred.

—¡Oh, no! —exclamó el corso, elevando la voz—. ¡No se saldrá con la suya! ¡Muchachos! ¡Eh, está aquí, está aquí! ¡Marcel! ¡Imbéciles!

Fred saltó hacia la muchacha, la asió de la muñeca y tiró de ella en dirección al vestíbulo. Su pistola apuntaba a Parazza.

Pero los gritos frenéticos de éste no se perdieron.

Marcel, con la boina calada y una pistola en la mano, irrumpió en el vestíbulo por el lado opuesto.

Sin contemplaciones echó Fred la zancadilla a Josette y la derribó al suelo de un empellón.

Disparó al mismo tiempo que el hombre de la boina.

Volvió a disparar, agazapado, retrocediendo hacia el salón.

Marcel dio un extraño saltito y sus dos brazos se distendieron, ambos a la vez, como si realizara un ejercicio gimnástico. Su rostro adquirió una expresión de sorpresa. Todo su cuerpo se estiró, se estiró, y de pronto cedió como si se desinflara.

Cayó hacia adelante.

Murió con la boina puesta.

—¡Perro! —gemía Parazza—. ¡Perro, perro, maldito perro!

Fred le miró.

Había sacado un revólver y orientaba hacia él el redondo ojo del cañón.

—¡Quieto! —ordenó—. ¡No sea estúpido!

El corso no le hizo el menor caso.

Apretó el gatillo en el momento en que Fred salía de la línea de tiro de su arma, y su primera bala se clavó en la pared.

La segunda pasó a través de la puerta.

El americano disparó, todavía con el sabor amargo que en la boca le había dejado el fin de Marcel. Verse obligado a matar a un hombre era lo que más detestaba en el mundo.

Parazza tosió.

Fue lo último que hizo antes de morir.

Fred le miró, allí tendido. El cigarrillo que encendía cuando él entró había caído a dos palmos de su cara y estaba quemando la alfombra.

El tiroteo no cesaba: era en aquel momento más intenso que nunca.

¡Tanta pólvora para el flaco y solitario Mike Frontino! El

estrépito de las metralletas lo ahogaba todo.

Sin prisa, Fred regresaba al vestíbulo. Josette, incorporada sobre un codo, le miraba desde el suelo. Su mirada expresaba una súplica silenciosa.

Él no dijo nada. Se agachó y volvió a enderezarse con la muchacha entre sus brazos. La sacó de la casa estrechándola contra su pecho.

Cuando estuvo a suficiente distancia, entre las rocas, se volvió para mirar atrás. Vio a los hombres de Parazza vaciando los cargadores de sus armas contra una larga y negra forma tendida en el suelo bajo la intensa luz de los focos.

No era una lucha. Era un simple ejercicio de tiro. Mike Frontino estaba muerto desde hacía rato.

Fred aspiró el perfume de los rubios cabellos que rozaban su rostro y con Josette en brazos echó a andar en dirección al paseo Voltaire.

La patrona se alisó maquinalmente el delantal.

—Sé de muchas que tendrán un disgusto cuando se enteren —dijo. Sonreía con la mirada fija en la puerta entreabierta del cuarto de Fred—. De muchas, señor Genaro. Ya me parecía a mí que no podía estar usted perdiendo el tiempo, señor Genaro; ya me parecía a mí.

—Sí —asintió él—. Permítame. Necesito llamar por teléfono.

La mujer se apartó.

—Y yo no tengo nada que oponer, le digo la verdad. Nada que oponer, señor Genaro. Ninguna de las otras le llega a esa chica a la suela del zapato. Ya ve, aunque ella venga de fuera y a las otras las tenga aquí y me cuenten sus cosas, le digo la verdad. Nada que oponer. Esa chica lo vale.

Fred se alejó hacia el teléfono.

Marcó el número de Prefectura.

—¿Está Moreau? Comisario Moreau, de la Interpol de París. Pregunte en Narcóticos o en la Brigada Criminal. Averigüe dónde puedo encontrarle.

Una pausa.

La voz de Moreau sonó en el aparato:

—¿Quién?

—Fred. No esperaba hallarte en persona. Creía…

—¡Cielos! Fred, Fred, escúchame. —Moreau estaba excitado—. Desiste de tu idea. Celebro, ¡oh, Dios! que se te haya ocurrido volver a llamarme. Ven a Prefectura inmediatamente.

—Demasiado tarde.

—¡Narices! Muy bien, entérate de que el argelino ha caído de lleno en la trampa.

Fred se apoyó en la pared.

Volviendo un poco la cabeza podía ver la entreabierta puerta de su cuarto. Dentro, Josette estaba sentada en la butaca de felpa. Sus piernas aparecían en la abertura.

Sus piernas.

—No trates de engañarme, Moreau.

—¿Qué dices?

—Digo que no trates de engañarme. Eso es imposible. Mike Frontino…

—¡Al cuerno Mike Frontino! Quien ha despachado a Gaston y Nicole Laplace es Julien Delacroix.

Fred contuvo el aliento.

—¿Cómo?

—¡Delacroix, Delacroix, Delacroix! ¿Tú sabes quién era aquí el gran caíd de las drogas? No Julien Delacroix. Era Laplace.

—¡Moreau!

—Muy bien, sí, todos subestimamos a Laplace, le creímos un elemento accesorio, un punto débil. En ello residía precisamente su habilidad. Pero ¿por qué se salvó Laplace de la limpieza que terminó con Jean-Pierre y su organización? ¡Porque era él mismo quien la había decretado!

—¿Es una hipótesis?

—No es una hipótesis. Delacroix ha cantado. Está cantando en estos momentos, aquí, en Prefectura. Desde que se produjo la liquidación del equipo de Arsace tenía resuelto desbancar a Laplace y apoderarse del control supremo del tinglado, y si no lo hizo así antes fue porque Laplace pulsaba teclas secretas que le convertían en un hombre insustituible. Pero luego consiguió conocer esas teclas secretas, de modo que Laplace quedó a su merced. Adivina quién le ayudó a lograr su propósito.

—Nicole.

—Exactamente. Delacroix puso a Nicole la miel en los labios y

ella traicionó a su marido. Pero Gaston sospechó a última hora. Anoche encontró pruebas de que sus sospechas eran ciertas, volvió a casa más temprano que de costumbre, tuvo una agarrada con su mujer. Nicole se vio perdida. Afortunadamente para ella contaba con el criado argelino, a quién debía parte de la información que había suministrado a Delacroix, información obtenida por Selim siguiendo instrucciones suyas. El criado apuñaló a Laplace. Tu inoportuna llegada impidió que se deshicieran del cadáver y adoptaran las precauciones que en aquel momento Nicole estaba planeando por teléfono con Delacroix. La estupidez de Selim al franquearte la entrada echó todos sus planes por tierra.

—¿Y esta tarde Delacroix ha matado a Nicole?

—Sí.

—¿Personalmente?

—¡Ah, no, él no es el tipo que hace estas cosas personalmente! Ha enviado a su casa a un profesional: Pierrot Dubois, un pistolero cocainómano cargado de historia.

—Supongo que la ha eliminado porque no se fiaba de ella.

—Había resuelto eliminarla desde el instante mismo en que se enteró de lo burdo, primitivo y arriesgado que había sido el asesinato de Gaston. Cuando hoy Nicole le llamó por teléfono para hablarle de ti y de cómo te había manejado comprendió que no podía tener ni un día más por aliada a una mujer cuyas imprudencias le hundirían de un momento a otro. Tú remachaste el clavo: acudiste a acusarle de estar complicado en el tráfico de drogas; tú, Fred, un extranjero con sólo diez días de residencia en Marsella y a quién Nicole había pretendido burlar… Bien, Delacroix actuó entonces sin perder un minuto.

—Comprendido.

—Y eso es todo hasta ahora. Ven enseguida a Prefectura a conocer la continuación.

—¿Cómo habéis cazado a Delacroix?

—El argelino ha corrido a su encuentro apenas se ha visto libre. Ven y te contaré los detalles.

Fred miró hacia su cuarto.

—No puedo.

—¿Qué dices? ¿Estás loco, hijo? ¡Cómo que no puedes!

—No, Moreau. Tú sabes de qué modo levanté anoche la pista

que ha conducido a este resultado. Esa pista tengo que seguirla hasta el fin.

—¡No pensarás todavía en ir en busca de la rubia de Parazza!

—He ido ya —dijo el americano, tranquilamente—. Parazza ha muerto. Mike Frontino ha muerto. El tinglado se ha derrumbado al mismo tiempo por tu lado y por el mío. Tú sigue con tus pesquisas, que yo seguiré con las mías. Buenas noches.

—¡Parazza y Frontino muertos! —Moreau se atragantó—. ¡Aguarda, Fred! ¿De qué estás hablando?

—Frontino ha intentado asaltar la casa del paseo Voltaire y los hombres de Parazza se lo han cargado. Yo me he cargado a Parazza. La chica, Josette Robin, es quien más sabe de este asunto y de otros muchos asuntos. La información que va a suministrarme nos permitirá desarticular por completo la organización; no ya en las altas esferas, que era donde operaba Delacroix, sino en un nivel que Delacroix no conoce con suficiente detalle.

—Muy bien. Tráela y aclararemos aquí todo eso.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque esas pesquisas tengo que hacerlas en privado.

—¡Fred!

—Lo siento, amigo. Habrá dos clases de pesquisas. El resultado de unas se incorporará algún día a los archivos de la Interpol y de la Oficina de Narcóticos, estoy de acuerdo; pero el de las restantes debe quedar guardado estrictamente en mi propio archivo secreto.

—No entiendo una palabra.

—Cuando un hombre se enamora de una mujer y lo único que sabe de ella es que tiene las piernas bonitas, parece lógico, ¿no? que efectúe algunas averiguaciones.

Hubo un silencio.

—¿Enamorado? —preguntó luego el francés.

—Sí.

—¿De la rubia?

—En la vida nunca es tarde para volver a empezar —dijo Fred. Miró hacia la puerta de su cuarto y sus ojos adquirieron una expresión rara—. Lo sé por experiencia. Si algún día llegas a husmear en mi archivo secreto comprenderás la razón.

—Fred, ¿qué te pasa?

—¡Infierno, Moreau! ¿Por qué crees que la Oficina me designó para este trabajo? ¿Por qué supones que me eligió a mí cuando fue necesario enviar a Marsella a un agente que pudiera hacerse pasar por un sinvergüenza oportunista, expresidiario y cocainómano?

—Nunca me ha preocupado.

—Fue porque yo me crié en el arroyo de las más inmundas calles del Bronx, porque mi primera escuela fueron las bandas de chiquillos del barrio, porque a los veinte años estaba ya lleno de cocaína hasta las narices. Pero alguien, en el momento crítico, leyó en mis ojos y me tendió una mano, y desde entonces volví a empezar. Ahora soy un oficial de la Tesorería de los Estados Unidos.

—Un oficial que no ha olvidado —dijo oscuramente Moreau.

—Que no ha olvidado absolutamente nada… Y que ha aprendido, en cambio, a leer en los ojos de los demás y a tender una mano cuando llega el instante.

El hilo telefónico transmitió el resuello del hombre de la Interpol.

—Ya veo. Muy bien, hijo, te deseo suerte… Y realmente me gustaría echar algún día una mirada a ese archivo secreto tuyo. Realmente me gustaría. Estoy seguro de que encontraría en él verdaderas joyas.

—Buenas noches —dijo Fred.

Colgó el teléfono y echó a andar lentamente en dirección a su cuarto.

Muy lentamente.

Sentada con las piernas cruzadas en la butaca de felpa, Josette sonreía.

Daba no sé qué verla sonreír.

FIN

# BOLSILIBROS BRUGUERA

## ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

**PRECIO: 6 PTAS.**

**COLECCION "PIMPINELA"**
689 — Carlos de Santander
LLEGASTE TARDE...

**COLEC. "MADREPERLA"**
585 — Carol Rodi
MATRIMONIO POR COMPASION

**COLECCION "ROSAURA"**
529 — Rosa Alcázar
TRES HOMBRES EN LA NOCHE

**COLECCION "AMAPOLA"**
416 — María Adela Durango
SE HA PERDIDO UN NOVIO

**COLECCION "CAMELIA"**
292 — María Teresa Sesé
JOVENES Y ENAMORADOS

**COLECCION "ORQUIDEA"**
279 — Jesús Navarro
ORQUIDEAS SALVAJES

**COLECCION "CORAL"**
155 — Corín Tellado
CASADA POR PODERES

**PRECIO: 7 PTAS.**

**COLECCION "BISONTE"**
630 — Tex Taylor
DE ARMAS TOMAR

**Col. "SERVICIO SECRETO"**
494 — Mark Halloran
ARCHIVO SECRETO

**COLECCION "BUFALO"**
327 — Sam Fletcher
FURIA DE VIVIR

**COLECCION "CALIFORNIA"**
174 — Mikky Roberts
EL PRECIO DE UNA BALA

**COLECCION "TEXAS"**
195 — Marcial Lafuente Estefanía
PASTOS PROHIBIDOS

**COLECCION "COLORADO"**
119 — R. C. Lindsmall
UN MUERTO FLOTA EN EL LAGO

**COLECCION "KANSAS"**
85 — A. Rolcest
TIGRE ACOSADO

**Col. "HEROES DEL OESTE"**
67 — Marcial Lafuente Estefanía
PROFESIONAL DEL "COLT"

**COL. "ASES DEL OESTE"**
37 — Silver Kane
UN DOLAR PARA EL ASESINO

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Proyecto, 2 - Barcelona — Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

# ¡Extraordinaria!



**LA COLECCION MAS LEIDA EN TODOS LOS PAISES DE HABLA HISPANA**

**temas**

- CULTURALES
- RELIGIOSOS
- DE AVENTURAS
- FEMENINAS
- INFANTILES, etc.

**100 TEMAS APASIONANTES en los 100 TITULOS PUBLICADOS**

**250 ilustraciones en cada volumen**

**PRECIO: 30 PTAS.**

## COLECCION

# HISTORIAS

## FIRMAS QUE REPRESENTAN A
# EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
## EN LOS PAISES QUE SE CITAN

---

**REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

**COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª. núm. 17-78 - BOGOTA.

**COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

**CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

**CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

**DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 49 — CIUDAD TRUJILLO.

**ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Bocayá - GUAYAQUIL.

**GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-41 GUATEMALA.

**MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

**PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

**PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

**PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 40 - LIMA.

**PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

**SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

**URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266 - MONTEVIDEO.

**VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

# LLUVIA DE ESTRELLAS







La pareja central de "El conquistador de Mongolia" la formaron estas dos figuras señeras de la Ciudad del Cine. Nacieron, respectivamente, en Brooklyn, en 1919, y en Winterset (Iowa), en 1907.

Foto RADIO FILMS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain